ME CASO MI MADRE

o

LAS VELEIDADES DE ELENA

Juguete cómico en tres actos, estrenado en el teatro Infanta Isabel, de Madrid, en la noche del 18 de noviembre de 1927

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELENA	Sra. Martí.
DOÑA LEONA	— Bru.
SIXTA	— Ruiz.
MARGARITA	— Garcés
BÁRBARA	— Santaularia.
DOÑA PALOMA	— Martínez (A).
PADRE LUCAS	Sr. Sepúlveda.
AMADOR	— Mora.
DON AGUSTÍN	— Suárez.
SEÑOR ALAMEDA	— González.
JAVIERITO	— Iglesias.
DON LISARDO	— Escobar.
CIRILO	— Valdivieso.
BORRAJO	— Acebal.
GARRONES	— N. N.

La acción del acto primero, en Madrid; la de los actos segundo y tercero, en un pueblecito de la provincia de León, que podría llamarse Prádanos del Lebrato. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Despacho de Don Agustín. Pieza elegante de un abogado en ejercicio. En el fondo, puerta de entrada que, al abrirse, deja ver un «hall» muy lujoso. A la derecha, puerta que da al despacho de los pasantes. A la izquierda, dos puertas que dan a habitaciones interiores. Sobre la mesa, libros, legajos, papeles; en una mesita adecuada, una máquina de escribir. Es de día

ESCENA PRIMERA

MARGARITA y el SEÑOR ALAMEDA. Al levantarse el telón, el SEÑOR ALAMEDA pasea por el despacho dictando de un legajo a MARGARITA, que escribe a máquina. El ruido que produce el tecleo es el único que se escucha hasta un instante después de subir la cortina.

MARGARITA.—Y en cumplimiento del artículo trescientos cuarenta y ocho..., con cifra. *(Deja de escribir.)*

ALAMEDA.—El letrado que suscribe...

MARGARITA.—Que suscribe..., con be indecisa.

ALAMEDA.—*(Vacilando.)* Ponla de una estatura regular, que no tengo seguridad.

MARGARITA.—Que suscribe..., con be indecisa.

ALAMEDA.—Comunica a ese Juzgado, con mayúscula.

MARGARITA.—*(Escribiendo.)* Juzgado, con mayúscula.

ALAMEDA.—Que en el juicio de desahucio que contra mi defendido interpuso el recurrente...

MARGARITA.—*(Dejando de escribir.)* Recurrente, ¿con cuántas erres?

ALAMEDA.—Ponle tres nada más, que pleitea por pobre.

MARGARITA.—Que interpuso el recurrente...

ALAMEDA.—Le amenazó, con acento en la o.

MARGARITA.—En la o...

ALAMEDA.—A pesar de hallarse, con hache, en cama, con ce, enfermo...

MARGARITA.—¿Con qué?

ALAMEDA.—Con catarro.

MARGARITA.—Catarro, ¿como suena?

ALAMEDA.—Como suena. Le amenazó con ponerle los muebles en la calle.

MARGARITA.—En la calle...

ALAMEDA.—*(Se levanta y pasea.)* Amenaza que adquiere caracteres gravísimos a juicio de este letrado...

MARGARITA.—Letrado...

ALAMEDA.—Porque mi cliente vive en la plaza de Canalejas.

MARGARITA.—Lejos...

ALAMEDA.—Lejos. Y desahuciarlo no es ponerle los muebles en la calle...: es ponerle los muebles en las cuatro calles... Y no hay artículo en el Código que autorice semejante demasía.

MARGARITA.—Demasía...

ALAMEDA.—*(Admirado.)* ¡Qué sagacidad la de don Agustín en las alegaciones!, ¿eh? *(Se acerca a Margarita.)*

MARGARITA.—¡Portentosa!

ALAMEDA.—*(Que se fija en lo que ha escrito.)* ¡Pero, Marga, por Dios, que has puesto calle con y griega!

MARGARITA.—¿Y es con i latina?

ALAMEDA.—No, señora; es con elle. Es calle y no caye.

MARGARITA.—Es verdá, que caye es del verbo cayar.

ALAMEDA.—No, señora; caye no es de ningún ver-

bo, y más vale que te cayes..., ¡porque, caramba, tienes una ortografía que ya, ya!...

MARGARITA.—Detestable, sí, señor; lo confieso. Ya ve usted, en la última casa que estuve, que eran aragoneses, la primera vez que puse festejo con jota me dieron un banquete.

ALAMEDA.—Por menos se los dan a otros, no creas.

MARGARITA.—*(Levantándose y con cierta aflicción.)* Y, además, señor Alameda..., no puedo ocultarlo por más tiempo, vaya..., quiero confesárselo a usted todo. Es que hoy..., hoy me encuentro excitada, nerviosísima...

ALAMEDA.—¿Pues qué te pasa, hija?

MARGARITA.—Pues me pasa que desde anoche tengo un disgusto horrible, que no he podido pegar los ojos, señor Alameda. *(Llorosa.)*

ALAMEDA. — *(Interesado.)* ¡Caramba, no llores, hija!... Y explícame qué te ocurre...

MARGARITA.—Pues una friolera. Verá usté... *(Se seca las lágrimas.)* Que anoche me llamó don Agustín y me dijo... ¿Qué dirá usté que me dijo?

ALAMEDA.—¡Qué sé yo lo que te puede decir a ti don Agustín por la noche!...

MARGARITA.—Pues asómbrese usté. ¡Me dijo que me buscase otra colocación! *(Llora.)*

ALAMEDA.—¡Canario!... ¿Es posible?... Pero ¿qué me dices?... ¿Te despidió?

MARGARITA.—Me despidió, sí, señor. Yo, afligida y sin saber a qué atribuir aquello, le pregunté si el prescindir de mí era por la ortografía, y me dijo: «No, hija; a mí me pones telescopio en tres palabras, que es como tú escribes, y no siendo en un telegrama, que me las cobran, no me molesta... Te despido (me añadió), te lo diré en secreto, porque voy a quitar el bufete.»

ALAMEDA.—*(Aterrado.)* ¡Caramba!... ¿Qué dices?... ¿Quitar el bufete don Agustín?... ¡Tú no debes haber oído bien, Margarita!

MARGARITA.—Sí, señor; ¡quitar el bufete!

ALAMEDA.—¡Dios mío, pero qué motivo puede tener un joven cuya celebridad creciente...!

MARGARITA.—¡Eso me preguntaba yo!

ALAMEDA.—Quitar el bufete un abogado en pleno éxito. Y si no ahí está el reo de Peñalosa, para quien el fiscal pedía tres penas de muerte y él consiguió que se lo dejaran en una y media...

MARGARITA.—¡Aún le están felicitando!...

ALAMEDA.—Por más que pienso, no comprendo... *(Suena el timbre del teléfono.)* Espera, que llaman al teléfono. *(Coge el auricular, que está sobre la mesa, y habla.)* Sí, señor; es el tres, uno, tres, tres, tres..., tres, tres, tres... ¿Que si es la casa del señor Melón?... *(Con enfado.)* No, señor. Ni es la casa del señor Melón, ni aquí hay ninguna Pepita... Eso en casa de su papá de usted..., ¡so calabaza!... *(Cuelga indignado.)* ¡Pues vaya!...

MARGARITA.—Debe de ser alguna broma.

ALAMEDA.—¡Pues nos ha cogido en un momento para bromas!

MARGARITA.—¿No será el guasón de Borrajo, que desde cualquier sitio...?

ESCENA II

DICHOS y BORRAJO. Este entra por el foro llevando en la mano el bolso adamascado de una toga y unos legajos

ALAMEDA.—No, no es Borrajo; porque ahí lo tienes.

BORRAJO.—*(Entra muy serio.)* Buenos y jurídicos.

ALAMEDA.—¡Hola, Borrajo!

BORRAJO.—¿Hablaban ustedes del compareciente?

MARGARITA.—Creíamos que era usté uno que nos acaba de dar una broma telefónica.

BORRAJO.—*(Iracundo.)* ¡Sí, pues bonito vengo yo pa bromas!... ¡Maldita sea la curia! *(Tira el sombrero contra una silla.)* ¡Estoy que me hacen una fiesta onomástica y muerdo!... No les digo a ustedes más.

MARGARITA.—¿Pues qué le pasa a usté?

BORRAJO.—¡Desesperao! Vengo de la Audiencia. ¡Hemos tenido vista!

ALAMEDA.—¿Y qué tal ha informado don Agustín?

BORRAJO.—¡Calle usted, señor Alameda; una desdicha!... Nos estamos desacreditando... ¡Torpe, pesao!... Yo no sé qué le pasa a ese hombre; pero a ese hombre le pasa algo homogéneo.

ALAMEDA.—Pero ¿tú a qué le llamas homogéneo?

BORRAJO.—Pues como no sé lo que es homogéneo, le llamo homogéneo a todo lo que no sé lo que es.

MARGARITA.—Tiene cierta lógica, sí.

ALAMEDA.—¿Y el informe que ha pronunciado ha sido ante la sala cuarta?

BORRAJO.—Sí, señor; ante la sala cuarta. Pero a los cinco minutos de hablar, aquello no era sala; aquello era una alcoba. Se le ha dormido hasta el relator. *(Nervioso, mueve la bolsa, oscilándola nerviosamente.)*

MARGARITA.—¿Y qué ha dicho el fiscal?

BORRAJO.—El fiscal ha dao un ronquido que se le ha volao la acusación.

ALAMEDA.—Menos mal.

MARGARITA.—¿De modo que la vista...?

BORRAJO.—¡Pa gafas!... Pero lo peor..., lo peor no ha sido eso...; lo peor..., ¡horripílense ustedes!..., es que cuando yo le estaba quitando la toga a don Agustín en la sala de letraos, va y me dice, tirando la colilla del cigarro que se fumaba: «Borrajo, esto se ha acabao.» Me abrazó con los brazos, se le cayeron dos lágrimas de los ojos como dos avellanas sin cascar, y me agrega: «Este es mi último informe. Te regalo la toga; véndela en el Rastro y búscate otra colocación, Borrajo.»

ALAMEDA.—*(Desesperado.)* ¡Borrajo!... Pero ¿qué me dices?

MARGARITA.—¿Lo oye usted?... ¿Lo está usté oyendo?... ¡Lo mismo que a mí!

BORRAJO.—Amos, yo me he quedao de una pieza, señor Alameda, porque esto es mi perdición; sí, señor esto es mi ruina, pero que mi ruina... *(Nervioso, da vueltas a la bolsa y propina con ella un golpe a Alameda.)*

ALAMEDA.—Bueno; pero ten cuidado con las oscilaciones de la bolsa, ¡caramba!; si no al que vas a arruinar va a ser a mí.

BORRAJO.—Porque, ¿dónde me coloco yo ahora?

ALAMEDA.—Colócate ahí enfrente..., que me has dao con una cosa muy dura.

BORRAJO.—La ley de Enjuiciamiento criminal, que va ahí dentro.

ALAMEDA.—Pues es más dura que una piedra.

MARGARITA.—Pero ¿ve usté, señor Alameda? ¿Ve usté lo que yo le decía?

ALAMEDA.—¡Vamos, que yo me vuelvo loco!... ¿A qué puede obedecer eso tan extraño, tan inesperado?... Abandonar en plena juventud una carrera brillante, cerrar un bufete que da de catorce a dieciseis mil duros al año..., y dejar en la calle a tres empleados que, no es porque estemos nosotros delante, pero vamos... ¡Ah, no, no!... Esto es algo misterioso y enigmático que hay que averiguar.

MARGARITA.—Sí; hay que averiguarlo a todo trance, señor Alameda.

ALAMEDA.—Bueno; y pienso yo... Todo esto, ¿no será cosa de alguna mujer?

BORRAJO.—*(Con misterio.)* ¡Ahí le duele!

MARGARITA.—¡Qué sé yo! Me parece a mí don Agustín demasiado serio para...

ALAMEDA.—No, de eso de seriedad en cuestión de faldas no te fíes. Yo tuve un primo que coleccionaba esquelas mortuorias, que ya ves si es serio, y tuvo diecinueve hijos. Cuatro en el mismo año.

BORRAJO.—Item más; yo puedo decir a ustedes que hace dos meses don Agustín tenía una novia; ustedes lo recordarán.

MARGARITA.—*(Algo despechada.)* Sí, pero era un tipo...

BORRAJO.—Un tipo precioso, no diga usté... Rubita, altita, monísima.

MARGARITA.—Sí, pero aquello acabó.

ALAMEDA.—Bueno; pero ¿por qué se acabó? Pues porque don Agustín, en un pleito que tenía el padre de su novia, defendió a la parte contraria y cometió la torpeza de ganarle el asunto a su futuro

suegro, intentando demostrarle de ese modo su habilidad jurídica para que en lo sucesivo le encargara de todos sus pleitos; pero en vez de esto se encontró con que aquel señor lo tomó a mal y le dijo a la hija que como volviese a mirar a don Agustín le daba una paliza superrealista... La chica se atemorizó, con cierta razón. Al padre le llaman en Madrid el «As de Bastos», porque creo que manejando la estaca es un verdadero as... Y dejaron las relaciones y no se han vuelto ni a saludar. Por eso creo que es muy posible que tenga razón Borrajo.

BORRAJO.—¿Que si la tengo?... No lo duden ustedes. Item más: desde que acabó con su novia, don Agustín ha cambiao.

MARGARITA.—No ha cambiao.

BORRAJO.—Ha cambiao. Ha enflaquecido de una forma, que le pone embozos al chaleco y no necesita capa. Y él, que antes era tan alegre y tan generoso, ahora le da usté la vuelta de un duro y cuenta la calderilla.

MARGARITA.—¿La calderilla?

BORRAJO.—¡La calderilla! ¿Ha cambiao o no ha cambiao?

MARGARITA.—¡Dios mío, si fuera eso!...

ALAMEDA.—Es lo más probable. De todos modos hay que averiguarlo.

MARGARITA.—Indispensablemente... Y si es por eso por lo que quiere malbaratar su porvenir; si es por esa cursi, que no vale la pena, por la que..., yo soy capaz de...

BORRAJO.—¡Chis!... ¡Callen ustedes! ¡Don Agustín!

ESCENA III

DICHOS y DON AGUSTÍN, joven elegante

AGUSTÍN.—*(Entra por el foro, nervioso, tratando de disimular con una fingida jovialidad su honda preocupación.)* ¡Hola! ¿Ustedes?... ¿Qué tal? ¿Se

ha trabajado mucho? ¿Ha venido gente?... Bien, bravo, me alegro, perfectamente, bueno, nada... *(A Borrajo.)* Cuélgame ahí el sombrero... *(Le da un rollo de papeles.)* Usted *(A Margarita.)*, póngame sobre la mesa esa providencia... *(Le da el sombrero.)*

MARGARITA.—*(Aterrada. Aparte.)* Le llama providencia al hongo.

AGUSTÍN.—*(A Alameda, dándole el gabán.)* Y usted, déjeme el bastón en la...

ALAMEDA.—¿Cómo el bastón?

DON AGUSTÍN.—Bueno, sí; el... *(Palpándose los bolsillos.)* ¿Pues dónde habré metido yo el bastón que no me...? ¿Me lo habré fumado?... Bueno; ustedes ya tendrán la bondad de poner cada cosa en su... De manera que dicen ustedes que ha venido poca gente, ¿eh?

ALAMEDA.—¡Nosotros no hemos dicho nada todavía, don Agustín!

DON AGUSTÍN.—No, sí, sí... Si ya les he oído..., y, desde luego, de acuerdo... Bien, perfectamente... Pues nada... Tome usted un cigarro, amigo Alameda... *(Le da un rollo de papeles.)* Usted *(A Margarita.)*, sáqueme dos copias de esto. *(Le da un puro habano.)* Y tú *(A Borrajo)*, ponme esto en limpio. *(Le da un gabán lleno de barro. Los tres dependientes se miran consternados.)* Y ahora, yo me voy a mi mesa a...

ALAMEDA.—*(Deteniéndole.)* Pero ¿dónde se va usted a sentar?

AGUSTÍN.—¡Ah, sí!, que es el cesto de los papeles. No me había... *(Se sienta en el sillón.)* Bueno; ¿y usted tiene algo para mí, querido Alameda?

ALAMEDA.—Sí, señor. Tiene usted que redactar el recurso de Pérez, que quiere pleitear por pobre. Dice que cómo le demostraría al Tribunal que se ha quedado en la miseria.

AGUSTÍN.—Pues que diga que va a los toros todas las corridas.

ALAMEDA.—Y también tengo para consulta la sentencia contra Mínguez.

AGUSTÍN.—¿Qué Mínguez?

ALAMEDA.—El peluquero, que ha perdido el pleito y dice que qué hace.

AGUSTÍN.—¿Que qué hace el peluquero?... Pues apelar.

ALAMEDA.—Es lo lógico.

AGUSTÍN.—¿Nada más?

ALAMEDA.—Nada más.

AGUSTÍN.—Muy bien, bravo, magnífico. Pues nada..., perfectamente... De modo que, bueno... Ustedes, al trabajo, ¿eh? Entren ahí en su despacho... *(Les señala la librería. Los tres se miran, aterrados, en silencio.)*

ALAMEDA.—¡Que es la librería, don Agustín!

AGUSTÍN.—¡Ah, sí!... Deseo estar solo algunos momentos. He de estudiar una cuestión gravísima e interesantísima...

BORRAJO.—Entonces, ¿no recibe usté a nadie?

AGUSTÍN.—A nadie. Retirarse... *(Inician el mutis.)* ¡Chis!..., un momento. *(Se paran.)* ¿He dicho a nadie?

BORRAJO.—¿Ha dicho a nadie?...

ALAMEDA y MARGARITA.—A nadie.

AGUSTÍN.—Bueno; pues he dicho mal, porque he de recibir a un pariente mío. El único que me queda, por cierto.

BORRAJO.—¿Y qué señas tiene?

AGUSTÍN.—No me acuerdo en este momento... La última vez que lo vi tenía yo cuatro años, y a esa edad la memoria... De modo que no lo conozco; pero le he mandado venir de Béjar, porque tendrá que encargarse de un asunto mío urgentísimo y gravísimo.

LOS TRES.—*(Con terror.)* ¿Gravísimo?...

DON AGUSTÍN.—*(Con displicencia.)* Sí. Pero, vamos..., no alarmarse... En realidad, no es nada.

ALAMEDA.—¿Ese señor es letrado?

AGUSTÍN.—Fabricante de juguetes. El tren debe de haber llegado a las diez: son las once y media. De modo que no tardará. En cuanto llegue, avisarme. Retirarse.

LOS TRES.—Sí, señor. *(Vuelven a iniciar el mutis.)*

AGUSTÍN.—¡Ah!... *(Se detienen.)* Se llama Ama-

dor García Becerro... Pero, a pesar de llamarse así, ya no es joven. Téngalo en cuenta... ¡Ah! Y cuando se vaya mi primo, he de hablar también con ustedes.

LOS TRES.—¿Con nosotros?

AGUSTÍN.—Sí; de algo muy interesante.

ALAMEDA.—¿Y no podría usted indicarnos?...

AGUSTÍN.—Nada; por ahora, nada. Sólo les anticiparé que les quiero a ustedes mucho, pero mucho... *(Los abraza, conmovido.)*

ALAMEDA.—¡Don Agustín, parece usté afectado!...

AGUSTÍN.—No, no, quia, nada... No alarmarse... Y que pienso dejarles..., digo, darles una prueba de mi cariño y de mí... *(Señalándoles el armario.)* Nada más. Retirarse. *(Vuelve a abrir el armario.)*

BORRAJO.—*(Aparte.)* Pero ¡qué osesión con el armario! ¿Pa qué nos querrá guardar? *(Vanse los tres, perplejos, absortos, mirándose extrañados. Salen por el foro.)*

ESCENA IV

DON AGUSTÍN, solo.

AGUSTÍN.—Y ahora... *(Se levanta y cierra todas las demás puertas.)* Ya estoy solo. ¡Solo!..., en estos supremos, en estos últimos instantes de mi vida... Serenidad, Agustín. Una vacilación, un titubeo, le daría a la tragedia un aspecto ridículo, grotesco... Debo morir como muere un hombre. ¡Morir! *(Mira unos retratos que tiene encima de la mesa, besándolos.)* Adiós, papá... Adiós, mamá. Mejor dicho, hasta luego... *(Requiere pluma y papel y escribe.)* «Señor juez del distrito de Buenavista: Mi querido amigo y compañero. Hoy, a las doce y cuarenta y cinco, deserto de la vida. Perdone usted que este último viaje lo someta a un horario de ferrocarril; pero es que a esa hora, precisamente a esa hora, caerán rotas todas las ilusiones de mi ju-

ventud, de esta juventud que va a tener su trágico epílogo en las puertas del convento de las hermanitas reparadoras de San Juan Ante-Portam Latinam, Lagasca, doscientos cuarenta y ocho provisional. De este fin sangriento no se culpe a nadie. Es decir, podría culparse a doña Paloma Sánchez Torongil; pero quiero evitar a usted el par de coces con que sería acogido por esta señora, llamémosla así, y a la que han puesto Paloma, para disimular. Lleva herraduras en las alas, no le digo a usted más. Dejo todos mis documentos en regla: testamento, esquela de defunción...» *(Dan golpes en la puerta con los nudillos.)* ¿Quién?

ESCENA V

DICHOS y BORRAJO; luego, AMADOR

BORRAJO.—*(Entorna la puerta y mete la cabeza.)* Servidor, don Agustín. ¿Se puede?

AGUSTÍN.—¿Qué pasa?

BORRAJO.—Que acaba de llegar su pariente de usted, el señor Toro...

AGUSTÍN.—¡Becerro, hombre!

BORRAJO.—Sí, es verdad; pero como ya es entrao en años, se confunde uno.

AGUSTÍN.—Ya te lo advertí. Dile que pase.

BORRAJO. — *(Como hablando con alguien que aguarda.)* Que tenga usted la bondad... *(Aparece en la puerta Amador. Es un tipo de hombre provinciano, cincuentón, descuidado en el vestir, pero parlanchín y jovial.)*

AMADOR.—¡Agustín!... ¿Porque supongo que será usted...?

AGUSTÍN.—¿Amador?... *(Le abraza.)*

AMADOR.—El mismo. Aprieta, chiquillo; aprieta. ¡Estás desconocido!... ¡Claro; hace veinticuatro años que no te veo!...

AGUSTÍN.—¡Y tengo veintiocho; conque usted verá!...

AMADOR.—Nada, desconocido, desconocido... Y a mí, ¿cómo me encuentras?

AGUSTÍN.—Desconocido también. Pero tanto gusto. ¡Siéntese, siéntese!...

AMADOR.—¿Qué es eso de «siéntese»?... Siéntate... Debemos tutearnos.

AGUSTÍN.—Sí, hombre; encantado por mi parte. Siéntate. *(Se sientan.)*

AMADOR.—Bueno con Agustinito, hombre. Bueno, bueno... Oye: ya no tendrás aquella ama de cría tan...

AGUSTÍN.—¡No, claro! Ya...

AMADOR.—¡Chiquillo, qué guapa era... y qué...! Las veces que la obligué yo a que te diera..., con objeto de... Me entretenía mucho... ¡Te teníamos así! *(Indicando gordura.)*

AGUSTÍN.—¡Bueno, hombre, bueno, caramba!...

AMADOR.—Pues nada, chiquillo: que ayer recibí tu apremiante telegrama para que viniese, y aquí me tienes, a tus gratas órdenes.

AGUSTÍN.—Bien, querido Amador. Pues, ante todo, he de pedirte mil perdones por haber alterado tu vida.

AMADOR.—¡No, no; de ninguna manera! Yo no podía dejar de acudir a tu llamamiento con urgencia. Me decías que necesitabas encargarme de una cosa grave, y como yo soy el único pariente que te queda, pues...

AGUSTÍN.—¡En efecto, el único! Por eso he pensado en ti.

AMADOR.—Somos primos terceros.

AGUSTÍN.—Sí; tú eres hijo del tío Javier, casado con doña Enriqueta...

AMADOR.—¡No, hombre! Yo soy hijo del tío Secundino, casado con doña Paula... ¿No te acuerdas?

AGUSTÍN.—¡Ah, sí! Doña Paula, que tenía dos hermanos: Pepita y Antonio.

AMADOR.—¡No, hombre! Rigoberto y Andrea...

AGUSTÍN.—¡Ah, Andrea!... Sí; la casada con Mínguez.

AMADOR.—¡No, hombre! La casada con Pérez.

AGUSTÍN.—*(Aparte.)* No doy una. *(Alto.)* Bueno; dispensa que no recuerde...

AMADOR.—Nada, chiquillo; nada. El tiempo que trabuca... Disculpadísimo. Soy un comprensivo.

AGUSTÍN.—Y a ti, ¿cómo te va por Béjar?

AMADOR.—Pésimamente, chico. Allí me tienes siendo el alma de la fábrica de juguetes de Atilano Pérez Sansón... Le he hecho millonario, y me paga con un sueldo exiguo. Soy un explotado, porque yo, no sólo elaboro, sino que invento. El «clown» que piruetea, mío; el jilguero que canta, mío; el perro que ladra, mío, y el gato que maúlla, mío...

AGUSTÍN.—¡Caramba, no sabía...!

AMADOR.—Mío, mío... Tú habrás oído hablar de las muñecas de Sansón.

AGUSTÍN.—¡Ya lo creo, muchísimo!

AMADOR.—Pues se las he acreditado yo. Hasta ahora las muñecas sólo decían «papá» y «mamá»... Bueno; pues ahora yo las tengo con mantón de Manila, creación mía, que dicen «gachó», «chipén» y «a mí, plin».

AGUSTÍN.—¡Caramba! ¡Maravilloso!

AMADOR.—¡Ah, si yo hubiera tenido un capitalito para establecerme...! Le arruino. ¡Odio a ese explotador!... ¡Ah, si algún día pudiera...! Pero, en fin, dejemos esto. Tú nada tienes que ver con mis rencores. Conque perdona esta digresión, y vamos al asunto que te obligó a sacar de su destierro a este pobre juguetero.

AGUSTÍN.—Amador... Te he llamado, porque yo..., yo también soy un juguete...

AMADOR.—¿Tú?...

AGUSTÍN.—¡Un juguete del Destino!

AMADOR.—¡Ah, vamos!...

AGUSTÍN.—Y lo que en este momento nos pone frente a frente es una cosa gravísima, no quiero ocultártelo.

AMADOR.—¡Canario, Agustín! ¡Me alarmas!...

AGUSTÍN.—Te voy a dar un golpe...

AMADOR.—¡Repeine!... ¿Cómo un golpe?...

AGUSTÍN.—Un golpe que para uno de provincias puede ser funesto.

AMADOR.—¡Caray, me aterras!

AGUSTÍN.—Bebe un poco de agua.

AMADOR.—¿De qué se trata?

AGUSTÍN.—Pues mira, Amador: ¿a qué explicaciones enojosas? Lee eso, e irás comprendiendo. *(Le da un pliego de luto.)*

AMADOR.—*(Emocionado.)* ¡Papel de luto! ¡Una cruz! R. I. P. Pero ¿qué es esto?... *(Lo desdobla.)* ¡Una esquela!

AGUSTÍN.—Una esquela. Lee.

AMADOR.—*(Tembloroso.)* «Rogad a Dios en caridad por el alma del señor don Agustín...» *(Aterrado, dejando de leer.)* Oye, Agustín: pero esto será una broma.

AGUSTÍN.—Nada de broma. Continúa.

AMADOR.—*(Cada vez más tembloroso.)* «...por el alma del señor don Agustín Palazuelo García, que falleció en Madrid...» *(Le mira aterrado.)* ¿Qué?... *(Retrocediendo.)* ¡Pero oye, Agustín!... Pero ¿es que tú has fallecido?...

AGUSTÍN.—No te alarmes; es una cosa un poco prematura. Pero continúa.

AMADOR.—*(Ya sin poder tenerse en pie de miedo.)* «... que fa... falleció en Ma... Madrid el vi... vin, el vi... vinticinco del co... corriente...» ¡Hoy!

AGUSTÍN.—Hoy.

AMADOR.—¡Oy, qué barbaridad!... *(Leyendo.)* «A las doce y cua... cua... cua...»

AGUSTÍN.—*(Le da un poco de agua.)* Bebe y sigue.

AMADOR.—«... a las do... doce y cua... cua... y cuarenta y cinco de su ma... ma..., de su ma... mañana... ¡De su mañana!..., digo, de mi ma... ma... ma... mañana...» Bueno, Agustín: tú me has llamado a mí para darme la mañana. ¡Para esto no se le envía a uno un kilométrico!

AGUSTÍN.—Cálmate, Amador.

AMADOR.—Aunque yo supongo que este documento será una humorada. *(Los tres Dependientes se asoman cautelosamente por una puerta.)*

AGUSTÍN.—*(Ya en trágico.)* Todo esto, Amador, dentro de breves instantes será una trágica realidad. Aquí *(Señalándose al corazón.)* tengo el propó-

sito firme de ejecutarlo, y aquí *(Sacando una pistola del bolsillo.)*, el instrumento ejecutor.

LOS TRES.—¡Ah! *(Se ocultan.)*

AMADOR.—*(Muerto de miedo.)* ¡Por Dios, Agustín, desvía, que estás muy nervioso y yo no traigo la esquela!

AGUSTÍN.—No temas. Continúa.

AMADOR.—*(Que sigue leyendo.)* «Don Amador García Becerro, su único pariente, ruega a sus numerosos amigos una oración por su alma...» *(Hablado.)* ¡Ah, no, no!... ¡Esto es espantoso!... ¡Esto es horrendo!... Porque ¿qué motivo puede tener un joven como tú para tan trágica resolución?... ¡Ninguno!

AGUSTÍN.—Sí, Amador, sí. En dos palabras vas a medir la magnitud de mi tragedia. Adoro a una mujer. Sus padres se han opuesto a nuestro amor, y hoy se casa con otro... ¿Puedo seguir viviendo?

AMADOR.—¡Pues naturalmente, hombre!... Vamos, yo creí que era otra cosa. ¡No disparates!... ¡Matarse por una mujer!... ¡Estás loco!

AGUSTÍN.—*(En un arranque lírico.)* ¡Ah, ella!... ¡Mi ilusión, mi sueño, coronada de azahares, vestida de blanco, como una virgen cristiana, en brazos de un pollo pera!... ¡Ah, no, no!... Iré a la iglesia y, ante la comitiva aterrada, interrumpiré con una detonación la «Marcha nupcial» de Tanhauser.

AMADOR.—¡No, hombre; por Dios, reflexiona!

AGUSTÍN.—No reflexiono.

AMADOR.—¿Y si tocan otra cosa?

AGUSTÍN.—¡Que toquen lo que toquen, me mato!

AMADOR.—Piensa...

AGUSTÍN.—No pienso. La pasión es irreflexiva, ciega, súbita, arrolladora; torbellino, ráfaga, soplo, huracán, tormenta, ciclón que impele, arrebata, empuja...

AMADOR.—Bueno; esto no es un abogado; esto es un cohete. *(A Agustín, que ha seguido hablando.)* Cálmate, Agustín, que he dicho que no te matas.

AGUSTÍN.—¡Sí, Amador!

AMADOR.—No, Agustín; que he dicho que no te

matas, y no te matas, aunque me cueste a mí la vida, ¡ea!

AGUSTÍN.—Pero ¿no comprendes que el dolor...?

AMADOR.—No comprendo nada. No te matas.

AGUSTÍN.—¡No insistas! Yo agradezco con toda el alma tu cariñoso interés; pero esto es irremediable.

AMADOR.—Que no te matas.

AGUSTÍN.—Toma mi testamento; cúmplelo al pie de la letra, Amador. *(Se lo da.)*

AMADOR.—Que no te matas.

AGUSTÍN.—Te dejo heredero universal de todos mis bienes.

AMADOR.—¿Eh? *(Asombrado.)* ¡Agustín! *(Pausa.)*

AGUSTÍN.—¡Una casita, cuarenta mil duros en valores, muebles, enseres!... ¡Quién mejor que tú debe disfrutarlo! *(Le abraza.)*

AMADOR.—¡Ay Agustín de mi alma! Pero..., pero ¿tú crees que no tienes más solución que matarte?

AGUSTÍN.—No tengo más solución.

AMADOR.—*(Le mira. Pausa.)* Entonces..., ¡qué remedio! Después de todo, en un alma tan delicada como la tuya, me cuesta trabajo decírtelo, pero... ¡lo comprendo, sí, lo comprendo! *(Muy afectado.)*

AGUSTÍN.—¿De modo que lo apruebas?

AMADOR.—¡Ah, no, no! No me sometas a la tortura de un asentimiento... Pero sí digo que antes de ver en brazos viles al tesoro de nuestro amor, ¡quién sabe si vale más yacer bajo un ciprés esbelto, en el poético rincón de una bella necrópolis. *(Llora.)*

AGUSTÍN.—¡Pero no llores!

AMADOR.—Deja. Un pequeño anticipo. *(Se seca las lágrimas. Con voz emocionada.)* Los valores, ¿son Tabacaleras?

AGUSTÍN.—*(Más emocionado todavía.)* Amortizables.

AMADOR.—¡Caray! Eso me... Pero, en fin... ¡Ay Agustín! *(Le abraza.)*

AGUSTÍN.—Mi ropa y mis alhajas las repartirás entre mis empleados...

AMADOR.—*(Contrariado.)* No; a unos advenedizos

les vas tú a dejar... No te ocupes de eso, que ya veremos.

AGUSTÍN.—Y respecto a mis exequias, nada de lujos, Amador.

AMADOR.—No, no; descuida... ¿A qué gastos inútiles? Un funeralillo decoroso, pero modesto. Comprendo tu intención. *(Quitándoselo.)* Oye, tú, que deshilachas los almohadones.

AGUSTÍN.—¡Estoy tan nervioso...!

AMADOR.—Sí, ya; pero vamos... *(Le abraza.)* Bueno; de modo que quedamos en que a las doce y cuarenta y cinco...

AGUSTÍN.—¡Todo habrá concluído!

AMADOR.—¡Ah mi pobre Agustín! *(Le da otro abrazo.)*

AGUSTÍN.—Y de cuando en cuando, una oración, Amador.

AMADOR.—Te van a echar a patadas del Purgatorio, de tanto padrenuestro... No te digo más.

AGUSTÍN.—¡Adiós!

AMADOR.—¡Adiós!... Oye: ¿no me pondré en ridículo si vuelvo de luto?

AGUSTÍN.—Puedes volver con la bandera a media asta, si quieres.

AMADOR.—Pues adiós, chico... ¡Que en paz descanses! *(Vase por el foro.)*

AGUSTÍN.—¡Adiós! *(Vase primera derecha.)*

ESCENA VI

MARGARITA, SEÑOR ALAMEDA y BORRAJO, por la segunda izquierda

MARGARITA.—*(Desesperada.)* ¡Se mata! ¡Se mata! ¿Lo han oído ustedes?

ALAMEDA.—¡Yo tengo los pelos de punta!

BORRAJO.—¡Yo estoy que no articulo!

MARGARITA.—¡Matarse por una cursi, por una necia!...

ALAMEDA.—¡Y que no cabe duda!... ¡Con qué frialdad lo ha dicho!...

BORRAJO. — ¡A mí se me han extraviao los ojos!

MARGARITA.—¡Ya han oído ustedes cómo se despedía de sus ancianos y ampliados padres!

ALAMEDA.—¡Con qué ternura decía: «Adiós, papá»; «Adiós, mamá», ante las ampliaciones al carbón, encendido en amor filial!

BORRAJO.—*(Mostrando los ojos bizcos.)* A mí me se han extraviao los ojos.

ALAMEDA.—*(Ya cargado.)* Bueno, hombre; no has perdido nada. Y si no los encuentras, mejor. ¡Para lo que valían!...

MARGARITA.—*(Que pasea agitada y como hablando consigo misma.)* ¡Ah, no, no!... Yo no consiento que un hombre como don Agustín se mate por una coqueta que no vale el pan que come, y, en cambio, yo, que le... ¡Ah, no, no!... Pero ¡qué haría yo, Dios mío!... ¿Qué haría? *(Se detiene en su paseo.)* ¡Ah!... ¡Ah, ya sé!... Sí, es lo mejor. *(Se va a la mesa, coge una cuartilla y escribe.)*

BORRAJO.—*(A Alameda.)*—¿Y ha visto usté, amigo Alameda, el canalla de ese pariente, desde que supo que le había nombrado heredero, cómo le animaba a matarse? Es una fiera.

ALAMEDA.—Todo hombre que espera su bien del mal ajeno es una fiera, Borrajo.

BORRAJO.—¡Qué ser más repugnante!

ALAMEDA.—Y, además, sospecho que ese tío no nos va a querer dar ni la ropa ni las alhajas.

BORRAJO.—*(Confidencial y tranquilo.)* ¡Ah, no; por eso, no se apure usté!... La ropa ya la he recogido yo de los armarios.

ALAMEDA.—Bien hecho.

BORRAJO.—¡No he dejao ni una hilacha!

ALAMEDA.—¡Magnífico, Borrajo!

BORRAJO.—He recogido también la plata del comedor. ¡Hasta los cubiertos!

ALAMEDA.—¡Hombre, no; eso, no!... ¿Y si don Agustín quiere almorzar?

BORRAJO.—Un hombre que se va a matar a las

doce y cuarenta y cinco, que coma con los dedos, ¿qué más da?

ALAMEDA.—Oye, Borrajo: el traje de «smoking» y el gabán de pieles supongo que me los cederás, porque tú con pieles...

BORRAJO.—Ya hablaremos, que yo me constipo mucho en el invierno...

ALAMEDA.—¿Esos ceniceros serán de plata?

BORRAJO.—No sé.

ALAMEDA.—Recógelos, por si acaso. *(Borrajo va por ellos.)* Mientras, me quedaré yo con la pitillera y el reloj, que se ha dejado aquí, porque si los ve ese granuja... *(Se los guarda. Acercándose a Margarita.)* ¿Qué estás escribiendo? ¿El inventario de lo que nos corresponde?

MARGARITA.—¡Yo qué voy a escribir porquerías de ésas!... Yo no quiero nada..., señor Alameda, nada más que la vida de don Agustín, y por ella estoy procurando.

ALAMEDA.—¿Cómo procurando?... Pero ¿se puede saber qué escribes?

MARGARITA.—Sí, señor; una carta a la señorita Elena Sánchez Torongil.

BORRAJO.—¿A su novia?

MARGARITA.—Sí, señor; a su novia, para que sepa la tragedia que la espera en el momento de su boda y la evite, si puede.

ALAMEDA.—No; eso, no; de ningún modo; tú no puedes hacer eso.

BORRAJO.—Nosotros con qué derecho nos vamos a meter...

MARGARITA.—¿Ustedes creen que a mí hay alguna consideración que me detenga a salvar la vida de una persona que quiero?

ALAMEDA.—Pero nosotros no tenemos ninguna noticia oficial... Lo hemos oído indiscretamente a través de una puerta...

MARGARITA.—¿Y qué?

ALAMEDA.—Que debemos aguardar.

MARGARITA.—Sí, a que se mate, ¿verdad?... ¡Ah, no, no! Bien claro se lo digo aquí... a esa ingrata *(Leyendo.)*: «Cuando usted salga de la iglesia, el

cadáver de un hombre que la amaba será lo primero con que tropiecen sus pies, y la sangre de don Agustín caerá gota a gota sobre los blancos azahares de su corona de desposada; aún está usted a tiempo de salvarle. Resuelva. Y juro por la salvación de mi alma que cuanto le digo es verdad. Don Agustín está dispuesto a suicidarse en el atrio de la iglesia. Pronto lo ha de ver.—*Margarita Baranda.*»

ALAMEDA.—Pero esto...

MARGARITA.—Esto se lo mando en seguida con la chica de la portera, y como los Sánchez Torongil viven ahí al lado, dentro de diez minutos lo tiene en su poder esa necia.

ALAMEDA.—Pero, Marga, que tú no tienes derecho a...

BORRAJO.—¡Que la va usted a matar del susto!...

MARGARITA.—¡Que se fastidie!... Dentro de unos minutos lo habrá leído...

LOS DOS.—¡Pero, por Dios!

MARGARITA.—Nada, nada... ¡Juro que la habrá leído! *(Vase.)*

ALAMEDA.—Bueno; esta loca nos pisa la herencia.

BORRAJO.—Y, además, no evita nada, porque ¿cree usté que ella va a impedir que esa chica se case dentro de media hora y que don Agustín...?

ALAMEDA.—Calla, ¡él!... ¡Y qué mala cara trae!

BORRAJO.—¡Cadavérica!

ALAMEDA.—*(Aparte.)* Que se te ve el cenicero... *(Se lo quita y se lo guarda él.)* Y nosotros, como si tal cosa... Sonriamos.

BORRAJO.—Sonriamos; pero déme usté el cenicero... *(Se lo quiere quitar.)*

ALAMEDA.—¡Chis!... Silencio.

ESCENA VII

SEÑOR ALAMEDA, BORRAJO y DON AGUSTÍN, por la primera izquierda

AGUSTÍN.—¡Hola! ¿Ustedes juntos?

ALAMEDA.—Sí, señor...

AGUSTÍN.—Bien que me place, porque, como dije a ustedes hace poco, quiero hacerles alguna confidencia y comunicarles unos pequeños encargos antes de irme.

ALAMEDA.—¿De irse?...

AGUSTÍN.—Sí, amigos míos; hoy mismo parto para un largo viaje.

ALAMEDA.—¡Caramba! ¿Un viaje?... ¡No sabíamos nada!... ¿Y acaso se dirige usted al Norte?

AGUSTÍN.—No, más bien al Este.

BORRAJO.—¿Y piensa usted partir...?

AGUSTÍN.—En breve; tengo ya el billete en el bolsillo.

ALAMEDA.—Sí, ya hemos visto el kilométrico.

BORRAJO.—Debe de ser de siete...

AGUSTÍN.—Sí, de siete mil kilómetros...

ALAMEDA.—¿Y es de precisión?...

AGUSTÍN.—De absoluta precisión.

ALAMEDA.—Digo que se vaya usted tan pronto.

AGUSTÍN.—Pues a eso replico. No puedo demorar la partida.

MARGARITA.—*(Entrando. Aparte.)* ¡Ya debe de tener la carta en su poder! *(Alto.)* ¡Ay, ustedes juntos! Perdonen si... *(Va a marcharse.)*

AGUSTÍN.—No, no, por Dios; no se retire. Al contrario. Estaba hablándoles de un largo viaje por América que voy a emprender...

MARGARITA.—*(Con amargura.)* ¡Ya, ya!...

AGUSTÍN.—Y deseo que oiga usted el resto de nuestra conversación, porque iba a decirles que, como en el país que voy a visitar el clima es distinto al nuestro, les dejo mi ropa toda..., y a usted

alguna pequeña alhaja... ¡Ah, también les he buscado una casa para que no se queden sin colocación!

BORRAJO.—¿Se puede saber qué casa, si no es curiosidad?

AGUSTÍN.—Es curiosidad, pero no importa; la casa de Baños; mi amigo el señor Baños, letrado eminente, les acepta con mucho gusto.

ALAMEDA.—Sí; pero es que me han dicho a mí que en la casa de Baños le dan a los empleados cada jabón...

AGUSTÍN.—Eso... ustedes lo han de ver... Conque vayan recogiendo lo suyo, porque el tiempo apremia...

BORRAJO.—Sí, señor, sí...; vamos con mucho gusto.

ALAMEDA.—¡Por Dios, déjame el gabán de pieles, que a mí...! *(Se van discutiendo.)*

AGUSTÍN.—*(A Margarita.)* Bueno, Margarita; y a ti, puedo tutearte, estamos solos... Te dejo mi reloj de pulsera para que lo lleves siempre.

MARGARITA.—Pero ¿no le hará a usted falta el reloj en América, don Agustín?

AGUSTÍN.—No, ¿sabes?... Porque como allí cuando aquí es de noche allí es de día, pues los relojes españoles se hacen un lío y hay que usar relojes del país.

MARGARITA.—Bueno; pues si ese viaje es irremediable, don Agustín...

AGUSTÍN.—¡Lo es, nenita, lo es!

MARGARITA.—Yo..., yo quisiera acompañarle a usted en él.

AGUSTÍN.—¡Qué locura!... ¿A pesar de ser tan largo?

MARGARITA.—Cuando se va a gusto, ¡qué importan las distancias!

AGUSTÍN.—Pero ¿no te da miedo?

MARGARITA.—A mí..., a mí, yendo con usted..., no me da miedo nada, don Agustín. *(Se oyen voces y gritos dentro.)*

AGUSTÍN.—*(Aterrado.)* ¡Calla! ¿Qué es eso?... *(Corre al «hall».)* ¡Esa voz!...

MARGARITA.— *(Aparte.)* ¡La carta, que ha surtido su efecto! *(Alto.)* ¡Ella!... *(Vase por la primera derecha.)* ¡Debe de ser ella!

AGUSTÍN.—¡Cómo ella!... Pero ¿quién?

ESCENA VIII

DON AGUSTÍN, ELENA y DOÑA LEONA. Entra ELENA elegantemente vestida de novia, con la cola recogida y la corona de azahar ladeada; convulsa y llorosa. La sigue DOÑA LEONA, también nerviosa y balbuciente. Viste con modestia; lleva un abrigo largo y ligero

ELENA.—¡Ah, tú, sí!... ¡Vivo!... ¡Vivo!...

AGUSTÍN.—¡Elena!... ¡Tú! ¡¡Oh!!

ELENA.—¡Vivo! ¡Vivo todavía! *(A Doña Leona, que entra.)* ¡Vive! ¡Vive! ¡Vive! ¡¡Ah!! *(Se cae desmayada en un sillón.)*

LEONA.—*(Entra como una tromba, gritando:)* ¡Quién vive! ¡Quién vive!

AGUSTÍN.—¡Servidor, señora!...

LEONA.—¿El vivo es usted?

AGUSTÍN.—Servidor. ¡Oh, se ha desmayado!... Pero ¿cómo, Elena, aquí y en ese traje?

LEONA.—¡Ah, caballero!... ¡Esto es horrendo, espantoso!

AGUSTÍN.—Y usted, señora, ¿quién es?

LEONA.—Pues yo, caballero..., soy la carabina de Ambrosio; una prima de Elenita..., y la estábamos ayudando en su tocado cuando recibió una carta que decía: «Urgentísimo. Confidencial.» Rasga el sobre, la lee, se pone densamente pálida, grita: «¡No!»... Y vestida como está me ordena: «Acompáñame, miss Leona.» Tomamos un «taxi», y hétela aquí... Y a una servidora también héteme. ¡Ah, yo me desmayo!... *(Va a caer.)*

AGUSTÍN.—¡Por Dios, no, señora; que las dos es demasiado!

LEONA.—Yo tengo más motivos; estoy en ayunas, caballero. ¡Oh!

ELENA.—*(Rehaciéndose.)* ¡Oh, tú!... ¡Pero vivo, vivo todavía! *(Llora.)*

AGUSTÍN.—¡Todavía, sí, Elena!

ELENA.—¡No me engañas, Agustín!

AGUSTÍN.—No, convéncete. Y tú, explícame, Elena. ¿Cómo tú en mi casa y con ese traje?

ELENA.—*(Con una vivacidad hija de su temperamento y mirándose la ropa.)* ¡Ah, no sé, no sé...; pero no, no puede ser! A esta hora, con este traje y en tu casa... ¡Es espantoso!... ¡Ah, no; no es posible!... ¡Vámonos! ¡Vámonos!... ¿Qué he hecho yo? *(Pasea agitada.)* ¿Qué he hecho yo, Dios mío?

AGUSTÍN.—¡Si no lo sé!

ELENA.—Pero ¿qué he hecho yo?

LEONA.—Si yo tampoco lo sé.

ELENA.—*(Se detiene y recuerda.)* ¡Ah, sí; ya recuerdo! Es horrible... Voy coordinando. Me estaban prendiendo esta corona *(Se da un manotón para ponérsela derecha.)*, ésta..., cuando recibo esta carta..., ésta *(La saca.)*, en la que una señorita me asegura, por la salvación de su alma, que esta mañana, mientras yo me estuviese casando, te pegarías un tiro en el atrio de la misma iglesia... ¡Ah, yo no sé qué pasó por mi cabeza!... *(Otro manotazo a la corona.)* No lo sé.

AGUSTÍN.—¿Y quién ha podido...?

ELENA.—*(Dándole la carta.)* Mira.

AGUSTÍN.—*(Ojeándola.)* ¡Mi mecanógrafa! ¡Oh!

ELENA.—Y me dice que al salir del templo lo primero con que tropezaría mi cadáver sería con tus pies.

LEONA.—¡Al revés, hija!

ELENA.—Sí, es verdad; que lo primero con que tropezarían tus pies serían con mi... Bueno; no sé...; léelo; ahí lo pone; pero, en resumen: que me aseguran que querías manchar de sangre la ceremonia de mi casamiento.

AGUSTÍN.—*(Abrumado.)* ¡Elena!

ELENA.—¡Oh Agustín! ¿Es esto verdad?... ¡Dímelo! ¿Es esto verdad?...

AGUSTÍN.—*(Bajando la cabeza.)* ¡Sí, Elena, sí!

ELENA.—*(Vivamente.)* ¡Oh, pues eres un miserable, Agustín; un miserable!

AGUSTÍN.—¡Elena!...

ELENA.—¡Un miserable!... No quito una coma.

AGUSTÍN.—Pero comprende que tu conducta...

ELENA.—¡Un miserable! No quito una coma. *(Otro manotón a la corona.)*

LEONA.—¡Por Dios, no quite nada, pero no la contraríe usted!

AGUSTÍN.—No la contrariaré, señora; pero es muy duro que le increpen a uno estando en el borde mismo del sepulcro.

LEONA.—Pues quítese del borde; pero no la contraríe, que mire usted la corona: ha costado sesenta y ocho pesetas y tiene que servir para hoy.

ELENA.—¡Ah, miserable; vengarse manchando de sangre mi felicidad!

AGUSTÍN.—¡Me parece que tengo derecho a disponer de mi vida, Elena!

ELENA.—Pero no a quitársela en la iglesia donde yo me case. Tienes cuarenta mil iglesias mejores... San Manuel y San Benito, la Concepción, las Salesas, con un atrio magnífico, y vas a elegir para pegarte un tiro un convento de monjas... ¡Con lo que se asustan las pobres!

AGUSTÍN.—La desesperación no elige parroquias.

ELENA.—Pero hacer eso conmigo es una venganza bárbara y un crimen hediondo.

AGUSTÍN.—¿Y me increpas tú, tú..., cuando sabes que de toda esta tragedia eres la única culpable?

ELENA.—¿Yo?

AGUSTÍN.—¡Tú!

ELENA.—¡Mentira!

AGUSTÍN.—¡Verdad!

ELENA.—¡No!

AGUSTÍN.—¡Sí!... Tú, que eres una perjura y una aleve.

ELENA.—¡Y tú un canalla o un loco!...

AGUSTÍN.—*(Con pasión.)* Soy un enamorado, Elena; un enamorado.

ELENA.—¡Mentira!

AGUSTÍN.—¡Verdad!

ELENA.—¡Mentira! ¡Cien veces mentira!... ¿Tú enamorado? *(Cae llorando en un sillón.)*

AGUSTÍN.—*(A Doña Leona.)* Bueno, señora; usted decía que estaba a punto de desmayarse.

LEONA.—¡Ay, sí, señor; para caer de un momento a otro!

AGUSTÍN.—Bueno; pues pase usted al comedor y desmáyese allí si puede; y digo si puede, porque hay emparedados y jerez solera cuarenta y siete.

LEONA.—¡Ay, sí, por Dios! ¡Yo necesito un calmante! ¿Y dice usted que cuarenta y siete botellas de jerez?

AGUSTÍN.—No, señora; una, pero de solera cuarenta y siete.

LEONA.—¡Ay, usted perdone! Sí, yo había oído cuarenta y siete y no sabía... Está una tan emocionada...

AGUSTÍN.—Deseo hablar unas palabras a solas con Elena.

LEONA.—Bueno; pero, por Dios, caballero...; por Dios, Elenita, no olvides que le hemos dicho a Ambrosia que dijera para justificar nuestra ausencia que bajabas al principal a que te vieran vestida las de Solares... De modo que, por Dios, cinco minutos, ¿eh? Porque si nos echan de menos...

AGUSTÍN.—Descuide. Hay treinta o cuarenta emparedados.

LEONA.—Para mí, nueve segundos. Tengo el «record» de las seis docenas cronometrao. *(Mutis primera izquierda.)*

AGUSTÍN.—*(Apasionadamente.)* ¡Elena de mi vida!...

ELENA.—Bueno, Agustín; yo supongo que reflexionarás, desistiendo de matarte. Piensa que yo no tengo..., no puedes decir que tengo, la culpa de nada.

AGUSTÍN.—¡Sí, Elena, sí; tú la tienes!... Recuerda que yo te amaba con amor loco, único, frenético, y tú me dejaste de la noche a la mañana sin darme la más ligera explicación.

ELENA.—Naturalmente que te dejé; ¿qué iba a hacer?... Me lo impuso mamá, y ya conoces a mamá,

que dice «por aquí meto la cabeza», y abre un boquete que pasa el rápido de Irún.

AGUSTÍN.—Pero ¿a tu mamá...?

ELENA.—Se lo impuso papá. ¿Y qué iba a hacer mamá?... Ya conoces a papá, que le da a uno un estacazo y hace la travesía del Atlántico sin escala. No, Agustín, no; no busques pretexto... Tú solo has tenido la culpa por haberle ganado a papá el pleito de las Azucareras.

AGUSTÍN.—¡Ah, calla! ¡Cómo me iba a figurar yo que esas Azucareras me amargasen la vida de este modo! Además, yo lo hice porque creí que mi habilidad jurídica le conmovería.

ELENA.—¡Ah inocente! Conmover a papá, que le ve «El alcalde de Zalamea» a Morano y se retuerce de risa. Créemelo, Agustín: tú, tú solo has sido el culpable.

AGUSTÍN.—Sí, tal vez; quizá tengas razón, Elena; pero, sin embargo, si tú quisieras, aún estamos a tiempo.

ELENA.—*(Dando un salto.)* ¿A tiempo de qué?

AGUSTÍN.—De subsanar este error.

ELENA.—¿Cómo?

AGUSTÍN.—¡No casándote con Javier!

ELENA.—¡Oh, calla!... Por Dios, ¿qué dices?... ¡Estás loco! ¿Y te atreves a decirme eso viéndome vestida así y con todo el mundo camino de la iglesia? ¡Oh, calla, calla! ¡Tú has perdido el juicio!

AGUSTÍN.—Pero ¿qué te aguarda, di, Elena, qué te aguarda casándote con ese idiota?... Pues yo te lo diré. Ser una señora bien, pero bien despreciable, y tendrás hijos, sí, no lo dudo...: diez, quince, veinte...

ELENA.—¡Por Dios, no tantos!...

AGUSTÍN.—Los que quieras. Y hasta puede que sean muy guapos, y tendrán unas cabecitas angelicales, rubias..., ¡pero desde luego vacías!

ELENA.—¡Vacías, no!

AGUSTÍN.—Vacías, sí; ¡pobres cascabeles de oro, donde faltará lo que suena! En cambio, si fuera yo su padre, lo que suena hubiese sonado maravi-

llosamente. ¡Ah Elena; tu castigo es que yo me lleve a la tumba la inteligencia de tus hijos!

ELENA.—¡No, por Dios, no te la lleves, Agustín!

AGUSTÍN.—Sí, me la llevo sin remedio. ¡Nuestros hijos hubiesen sido artistas, héroes, poetas; los vuestros serán horteras, meritorios, temporeros del Catastro!

ELENA.—¡Ah, no, Agustín; del Catastro, no!

LEONA.—*(Asomándose.)* ¡Por Dios, Elenita, que pasa el tiempo!

ELENA.—Es que dice que mis hijos nacerán con un cascabel que les estará sonando toda su vida..., y yo no quiero que a mis hijos les suene nada, doña Leona...

AGUSTÍN.—Pues subsana tu error, Elena; huyamos... ¡Vente conmigo; de lo contrario, serás una desgraciada! En cambio, a mi lado..., te espera un hogar feliz y luminoso; unos hijos sanos, fuertes...

ELENA.—¡Ah, sí, Agustín; pero esa felicidad ya no es posible para mí!

AGUSTÍN.—¡Sí lo es!

ELENA.—No; es tarde ya; es muy tarde...

LEONA.—*(Saliendo.)* ¿Cómo tarde?... ¡Es tardísimo! ¡Por Dios, Elenita, vámonos, que nos habrán echado de menos!

ELENA.—Sí, es verdad; vámonos... Seguiré mi sino; me esperan Javier, el obispo, mis padres..., todos...

AGUSTÍN.—¡Pues adiós para siempre! *(Saca la pistola.)* Porque voy a matarme.

ELENA.—¡Ah, no!... ¡Ese cañón!... ¡La muerte de un hombre, sangre...! ¡No, no! No tengo valor. Me quedo. Sería éste mi sino.

AGUSTÍN.—¡Sí, Elena! *(La atrae.)* ¡Ven a mis brazos!

LEONA.—*(Se la quita.)* ¡Pero infeliz!... Piensa en la fe jurada; el altar encendido...

ELENA.—¡Ay, sí..., es verdad!... La fe jurada..., el altar encendido.

AGUSTÍN.—*(Tira de ella también.)* ¡No te vayas!

LEONA.—Pero si se queda, ¿qué van ustedes a hacer?

AGUSTÍN.—¡Huir, por de pronto!

ELENA.—Eso; podíamos irnos a América..., tomar un vapor y casarnos en la travesía. ¿Quieres?

AGUSTÍN.—No, calma. Casarnos en la travesía, no... Al dar parte de tu boda tendrías que decir a la gente: «Me caso en la mar», y me parece ordinario.

ELENA.—Entonces, ¿qué hacemos?

AGUSTÍN.—Pues lo mejor es ir a buscar a mi antiguo confesor.

ELENA.—¿Quién es tu confesor?

AGUSTÍN.—Un sacerdote virtuoso y santo: el padre Lucas .¡Me quiere como a un hijo!

ELENA.—¿Dónde está ese padre?

AGUSTÍN.—De párroco en un pueblecito de la provincia de León. Prádanos del Lebrato. Le contaremos lo que nos ocurre, y que nos case.

ELENA.—Y usted nos acompaña.

LEONA.—¿Yo?... ¡De ninguna manera!

AGUSTÍN.—Pues si se queda usted va a ir a la cárcel; conque usted verá.

LEONA.—¡Yo a la cárcel!... ¡Dios mío!... *(Estrépito, campanillazos, gritos, voces fuera de escena.)*

AGUSTÍN.—¿Qué es eso?

LEONA.—¡Que vendrán a buscarnos!

ELENA.—¡La voz de mi padre! ¡Dios bendito!

AGUSTÍN.—¡Huyamos!

ESCENA IX

DICHOS y BORRAJO; luego, DON LISARDO, JAVIERITO, DOÑA PALOMA, SEÑOR ALAMEDA y AMADOR.

BORRAJO.—*(Entrando despavorido.)* ¡Don Agustín!... ¡Don Agustín!... ¡Los papás de la señorita y un joven que vienen a buscarles! ¡El papá trae enarbolado un garrote que es un poste de la Telefónica!

AGUSTÍN.—¡Cielos!...

ALAMEDA.—¡Pronto!... ¡Huyan ustedes!...

ELENA.—Sí, pronto; que si te coge papá...

LEONA.—Corramos, volemos, que me veo en la cárcel.

AGUSTÍN.—¡Huyamos, sea como sea!... ¡Pronto!... Por la escalera de servicio, y cuando estemos en ella, abrid, así nos dejarán despejada la salida...

ELENA.—¡Pero yo, salir así!...

LEONA.—Ponte mi abrigo. *(Se lo da.)*

AGUSTÍN.—¡A Prádanos del Lebrato! ¡Dios nos salve! *(Huyen primera derecha.)*

BORRAJO.—*(Va a la puerta, tras la que siguen dando voces.)* ¡Adelante! *(Entran Doña Paloma, Don Lisardo y Javierito como tres fieras.)*

PALOMA.—¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija?

JAVIERITO.—¡Elena, Elena!... ¡Ha sido un rapto inaudito, monstruoso!

LISARDO.—¡Ese canalla!... ¿Dónde está ese canalla, para matarle?...

PALOMA.—¡Ay, que han robado a mi hija!

JAVIERITO.—¡Qué ridículo el mío ante el cuerpo diplomático!

LISARDO.—¿Dónde está, que quiero matarle? *(Abre la puerta segunda izquierda.)* ¡Ah, allí le veo! *(Entra y suena un golpe tremendo y un grito.)*

TODOS.—*(Fuera, aterrados.)* ¡Ah!...

LISARDO.—*(Sale trémulo, convulso, con la estaca en alto.)* ¡Le acerté en mitad de los sesos!... ¡Le he matado!

TODOS.—¡Jesús!

LISARDO.—¡Sí, le he matado! He visto a un hombre metiendo apresuradamente ropa en una maleta, le aticé..., y exánime. Ahí le tenéis.

TODOS.—Pero ¿muerto?

LISARDO.—¡Muerto!...

AMADOR.—*(Aparece en el foro de riguroso luto, con guantes y chistera.)* «¡Requiescat in pace!»

LISARDO.—¿Quién es esta chimenea?

AMADOR.—¿Ha sido aquí la tragedia?

LISARDO.—Aquí, sí, señor.

AMADOR.—¿Puedo pasar a ver el cadáver?

PALOMA.—Pero ¿usted quién es?

AMADOR.—Vengo a depositar unas sencillas flores sobre el túmulo. *(Muestra un ramo que trae.)*

ALAMEDA.—*(Sale con las manos en la cabeza.)* ¡Qué túmulo ni qué narices!... Y usted, podía mirar a quién le atiza, que si me descuido... ¡Mi madre, qué estacazo!

AMADOR.—Bueno; pero ¿el cadáver?

LISARDO.—Ahí lo tiene usted.

AMADOR.—Este cadáver no me interesa... El cadáver a que yo me refiero, ¿tienen la bondad?...

ALAMEDA.—Caballero, el cadáver a que usted se refiere, que es don Agustín, se ha escapado con su novia.

AMADOR.—*(Se le caen las flores y la chistera.)* ¿Eh?

PALOMA.—Sí, señor; ha robado a mi hija y ha huído con ella.

JAVIERITO.—Sí, señor; dejándome en el más espantoso ridículo con el cuerpo diplomático, que es el mío.

AMADOR.—¿Quién es este pollo?

LISARDO.—Javier Salado, agregado de embajada; el que iba a ser mi yerno...

AMADOR.—Muy señor mío. *(Muy exaltado.)* ¡Ah, pues no, no!... Eso que ha hecho Agustín no se hace con una persona seria. He adquirido compromisos económicos; he firmado letras a base de la herencia... ¡Ah, no, no! Agustín se mata hoy. ¡No faltaba más!

LISARDO.—No, caballero. ¡A ése lo mato yo!

JAVIERITO.—¡O yo! A mí no me deja en ridículo con el cuerpo diplomático.

AMADOR.—Pues vamos a buscarle. *(Aparte.)* Con éstos, malo será que no herede. *(Alto.)* Usted, a vengar a su hija. ¡Yo, a heredar! Y usted, a no consentir que pongan en ridículo a su cuerpo, salado. *(Salen todos.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Planta baja de la casa rectoral, donde vive el Padre Lucas, párroco de Prádanos del Lebrato, provincia de León. Es una pieza blanqueada y limpia que sirve de entrada a la casa y de comedor. Al foro, una puerta de dos hojas, que da a la calle, con una ventana a cada lado. Todo practicable. Las ventanas, con vidriera. A la izquierda, en primer término, una puertecita pequeña, que comunica con habitaciones interiores; luego, una chimenea de campana, con troncos encendidos en el hogar, y en tercer término, una gradilla de tres peldaños que da acceso a una puerta de medio punto y de una sola hoja, que se supone comunica con la iglesia. A la derecha, una puerta practicable y, en segundo término, el arranque de una escalera que conduce al piso superior. El mobiliario será adecuado a la condición de las personas que habitan la casa: sencillo, limpio y humilde. Una mesa pequeña de comedor, un sillón viejo de cuero, sillas de anea, un armario alacena, dos o tres cuadros de santos, un velón encendido y un reloj de cuco en la pared; nada más. La mesa está puesta para comer tres personas. Es de noche; una noche oscura y lluviosa; relampaguea ligeramente, a largos intervalos; luego llueve copiosamente

ESCENA PRIMERA

SIXTA, BÁRBARA y el PADRE LUCAS. SIXTA, hermana del cura: mujer como de treinta y cinco años, agradable y simpática; viste como persona acomodada. BÁRBARA, moza de veinticinco años, al uso aldeano; es la criada de la casa. El PADRE LUCAS, cincuentón, bien conservado, de natural simpático y bondadoso; viste de balandrán y lleva un gorro de seda. Las dos mujeres, sentadas: la señora, haciendo labor de ganchillo; la criada, cosiendo ropa. El sacerdote.

con el rosario en la mano, intenta rezar, así como las mujeres intentan contestarle; pero el sueño vence a los tres y sólo mascullan las primeras palabras de cada oración.

PADRE LUCAS.—*(Rezando.)* Padr... nuestr... que estás en los ciel..., ficado sea tu nombr..., así en la tierr... como en el ciel...

LAS DOS.—El pan nuestr... *(Callan, dan cabezadas.)*

PADRE LUCAS.—¡Por Dios, no dormiros!

LAS DOS.—El pan nuestr... *(Lo mismo.)*

PADRE LUCAS.—*(Ya molesto.)* ¡Vamos, vamos..., que os coméis las contestaciones, hijas!

SIXTA.—Pero ¿no has oído el pan?

PADRE LUCAS.—El pan es lo único que no os habéis comido, pero todo lo demás...

SIXTA.—Es que cuando llega una a estas horas tiene un sueño... *(Bosteza.)* ¡Jesús!

PADRE LUCAS.—Ya, ya; pero, en fin, vamos a ver si le damos un empujoncito a esto y podemos acabar. *(Rezando de nuevo.)* «Gloria Patri, Fili..., Spirt Sant...»

LAS DOS.—«Sicut era... cipio... semper... lorum...»

PADRE LUCAS.—Amén. *(Un poco más alto y como para que lo repitan.)* Gloria...

LAS DOS.—Gloria...

PADRE LUCAS.—A Dios...

SIXTA.—A Dios... *(Bárbara no contesta. Se ha dormido.)*

PADRE LUCAS.—Bárbara...

BÁRBARA.—*(Se despierta.)* ¡Señor cura!... *(Se restriega los ojos.)*

PADRE LUCAS.—A Dios...

BÁRBARA.—Usté lo pase bien...

PADRE LUCAS.—Vamos, mujer, que contestes acorde y no te duermas, ¡carape!

BÁRBARA.—Es que se me pega el sueño de ustedes, y alguna cabezada...

PADRE LUCAS.—Es que lo tuyo no es cabezada, hija; es un arreo completo. Vamos, vamos. Gloria...

LAS DOS.—Gloria...

PADRE LUCAS.—A Dios...

LAS DOS.—A Dios...

PADRE LUCAS.—En las alturas.

LAS DOS.—...turas...

PADRE LUCAS.—Y paz..., y paz..., y paz... *(Se han dormido los tres. Hay una pequeña pausa. El reloj de cuco, que apunta las ocho, no canta más que tres veces, despertando a los que rezan.)*

PADRE LUCAS.—*(Despierta, sobresaltado.)* Y paz...

SIXTA.—¿Qué hora dió el reloj?

BÁRBARA.—Deben de ser las ocho; pero me da que el pajarito ése no las ha cantao todas.

PADRE LUCAS.—Es un verdadero cuco; en cuanto nos ve dormidos no sale más que dos o tres veces.

SIXTA.—Es lo que él dirá: no me las han de contar...

BÁRBARA.—¡Tié mu mala intención!... Yo le tengo una tirria a ese avechucho, que me he alegrao más de lo que le ha pasao esta mañana...

PADRE LUCAS.—¿Pues qué le ha pasao?

BÁRBARA.—*(Riendo.)* Naa, que al dar las doce no ha podío salir más que una vez.

PADRE LUCAS.—¿Por qué?

BÁRBARA.—Porque se ha cogío la cabeza entre las dos puertas.

SIXTA.—¡Hija, qué mala idea!

BÁRBARA.—Si, pero es que hay que ver la suya... No adelanta más que a los amaneceres, para hacerme de levantar antes de hora.

SIXTA.—¡Jesús, es el colmo!... ¡Tenerle rencor a un ave mecánica! Hay que ver: unas cosas tan pequeñas y que os inspiren tan malas pasiones.

PADRE LUCAS.—No, mujer; malas pasiones, no; eso lo que te prueba es que en las almas sencillas no hay más que sentimientos ingenuos.

SIXTA.—Eso lo que me prueba, Lucas, es que cuando se vive una vida sin objeto, triste y monótona, como la nuestra, el corazón, que no descansa, tiene que fundar sus pasiones en las cosas más triviales.

BÁRBARA.—Cómo se conoce que lee usted novelas.

SIXTA.—¡Ah, lo que yo he disfrutado en estos dos meses que estuve en León! ¡Qué vida tan distinta de la de este poblado!

PADRE LUCAS.—¡Ya salió León!

SIXTA.—*(A Bárbara.)* ¡Las de Cueto me daban cada paseo por los paseos!... ¡Y me llevaban todas las noches al «cine»!

BÁRBARA.—¡Cómo s'habrá usté divertío!

SIXTA.—¡Oh!... El «cine» hace vivir una vida de maravilla, Bárbara. Es un agujero que te asoma al mundo, a las grandes pasiones, a las aventuras portentosas...

BÁRBARA.—¡Habrá usté visto caa cacho e película!...

SIXTA.—¡Y qué mujeres interpretándolas! Greta Garbo, Mary Duncan, Norma Talmage, Marión Devis!... ¡Pues y los hombres!... ¡Oh, qué ejemplares!

BÁRBARA.—¿Guapos?

SIXTA.—¡Oh! Jhon Gilber, Douglas Fairbank, Charles Roge.

BÁRBARA.—¡Huy, qué nombres!... ¿Y c'hacían ellos y ellas?

SIXTA.—¡Oh, si hubieses visto!... ¡Qué amores, qué audacias, qué besos!

BÁRBARA.—¿Largos?

SIXTA.—Que se dan un beso al acabar la película y s'acaba la película y no se ha acabao el beso, no te digo más.

BÁRBARA.—¿Siguen hasta la otra sección?

SIXTA.—Poco menos.

BÁRBARA.—¡Huy, qué gusto!

PADRE LUCAS.—Bueno, bueno... ¡Por los clavos del Señor, cállate, Sixta, que exaltas a esta criatura!... Y no se hable aquí del «cine», espectáculo inmoral y perturbador como nada. ¡Dónde se va a comparar este sosiego aldeano que disfrutamos, esta paz cristiana, religiosa y dulce, con esas pasiones dañosas, con esas luchas febriles, infernales que en el mundo...

SIXTA.—¡Ay! Pues yo, Lucas, el Señor me perdone, pero todas las noches le pido que nos envíe algo, algo que rompa la monotonía de esta vida tan sosa...

BÁRBARA.—¡Ah, sí, que la rompa!

SIXTA.—Algo que nos conmueva, que nos emocione, que nos...

PADRE LUCAS.—¡Ay, qué Sixta ésta!... ¡Calla, calla, por Dios, no sea que el Señor te castigue!... ¡Cómo perturban los viajitos!... ¡Jesús, Jesús!... ¿Oye? *(Atendiendo.)* Pero ¿ese ruido es que llueve?

SIXTA.—*(Abre la ventana.)* Está cayendo un verdadero diluvio. Estas son las distracciones de aquí... ¡Mira cómo chorrean las canales! *(Se ve llover torrencialmente.)*

BÁRBARA.—¡Madre bendita!... ¡Qué aguacero! ¡Vaya una nochecita de ánimas!

PADRE LUCAS.—¡Cierra, hermana, cierra!... ¡Pues bueno se va a poner Cirilo, que ha ido a casa de don Lesmes!

SIXTA.—¿Y a qué ha ido?

PADRE LUCAS.—A nada. Ya conoces a ese mostrenco: a hablar un rato con la Saturnina.

SIXTA.—¡Es humor el de ese tonto!

BÁRBARA.—Ya, ya... ¡Pa lo que ella le quiere!...

SIXTA.—¿No le gusta?

BÁRBARA.—Sí, pero es lo que ella dice: que es un chico sin porvenir, porque si se quea en sacristán es poco, y si asciende, pues ya no le sirve pa marido.

PADRE LUCAS.—En eso no le falta razón. Pero, en fin, vamos a acabar nuestro rezo, que es lo importante.

SIXTA.—Vamos.

PADRE LUCAS.—Y luego...

LAS DOS.—*(Como rezando.)* Y luego...

PADRE LUCAS.—No, es que iba a deciros que y luego podemos cenar, si os parece...

SIXTA.—¡Ah, bueno!

PADRE LUCAS.—Conque vamos. *(Rezando.)* Danos, Señor, fortaleza...

LAS DOS.—...leza...

PADRE LUCAS.—Para sobrellevar las penalidades.

LAS DOS.—...lidades...

PADRE LUCAS.—De esta vida.

LAS DOS.—Vida...

PADRE LUCAS.—Para que al fin...

LAS DOS.—Al fin...
PADRE LUCAS.—Podamos dormir...
LAS DOS.—Dormir...
PADRE LUCAS.—En el seno...
LAS DOS.—En el seno...
PADRE LUCAS.—De Abrahán.
LAS DOS.—De Abrahán... *(Suenan dos golpes en la puerta.)*
VOZ.—*(Fuera.)* ¡Abran!
PADRE LUCAS.—¿Quién?
VOZ.—*(Con viva exigencia.)* ¡Abran, hagan el favor!

ESCENA II

DICHOS y CIRILO, por el foro.

PADRE LUCAS.—Parece Cirilo. ¡Y llama con apremio!
CIRILO.—*(Fuera. Apremiando.)* ¡Abran, por lo que más quieran!
SIXTA.—¡Ten un poco de paciencia, hijo!
PADRE LUCAS.—¡Abre, Bárbara!
BÁRBARA.—*(Que se levanta.)* ¡Arrea!
PADRE LUCAS.—¿Qué te pasa?
BÁRBARA.—Que me he cosío los calzoncillos que repasaba a la falda.
PADRE LUCAS.—Claro, como que durmiendo no se hace nada a derechas.
SIXTA.—¡Pero abre, mujer; ya te los descoserás!
BÁRBARA.—Ya voy, ya voy. *(Abre. Entra Cirilo rápidamente, todo chorreando. Cierra el paraguas y mira atrás con terror.)*
CIRILO.—¡Jesús bendito!... ¡Ya podían ustedes haber abierto antes!...
PADRE LUCAS.—¿Te has mojado mucho? *(Las mujeres se entretienen en descoser los calzoncillos.)*
CIRILO.—Sí, señor... Pero lo de menos es el agua, señor cura. *(Mira con terror afuera y cierra.)*

PADRE LUCAS.—Pues ¿qué te pasa?... Parece que temes que te persigan.

CIRILO.—*(Aparte.)* ¡M'ha pasao una cosa horrible, señor cura! Dígales usté que se vayan.

PADRE LUCAS.—Pero...

CIRILO.—¡Una cosa espantosa! Pero que se vayan, pa contárselo a usté a solas, que la cosa es...

PADRE LUCAS.—*(A Sixta y Bárbara, que están recogiendo la costura.)* Bueno; vosotras iros a la cocina y preparad ya la cena.

SIXTA.—Sí, sí; vamos, Bárbara, que es hora. *(Vanse primera izquierda.)*

ESCENA III

PADRE LUCAS y CIRILO.

PADRE LUCAS.—¡Bueno! ¿Qué te ha ocurrido para esa inquietud y ese sobresalto?

CIRILO.—¡Ay señor cura de mi vida! ¡Ay señor cura de mi alma! Espere usté a ver si me... *(Va a mirar por la ventana.)*

PADRE LUCAS.—¡Pero cuenta, por la Virgen bendita, que me tienes con el alma en un hilo, Cirilo!

CIRILO.—Pos verá osté qué cosa más tremendísima... Estábamos de reunión, tal que toos juntos, en caa e don Lesmes, alrededor de la chimenea, cuando va el señor Saturiano, que como usté sabe es mu cuentero, y con motivo de que esta noche es noche de defuntos, pos encomienza a icir que Dios premite en tal y que esta noche a las ánimas en pena saliesen del purgatorio y marchasen un rato de vesita a sus casas o a las de sus amigos y tristestamentarios, y nos agrega que las ánimas son como sombras que se ven hasta en la escuridá, y al conque de esto, va y nos cuenta un sucedío mu terible de que a un tío suyo fueron una vez tres amigos que tenía y lo mataron de una paliza.

PADRE LUCAS.—¡Pues más valía que no los hubiera tenido!

CIRILO.—Cosas de amigos. Total, que entre los tres se juntaron y le rompieron el alma. Pos dice el señor Saturiano que, al año de muerto, tal que el día de defuntos, va el ánima y se les aparece a los tres asesinos según estaban durmiendo caa uno en su casa. Y en esto que voy yo y le digo: «Pos diga usté, señor Saturiano, un ánima sola, ¿cómo pué aparecese a tres a un tiempo?» Y va y me ice: «Pos muy sencillo: porque como le habían roto el alma, se le apareció un peazo a caa uno.»

PADRE LUCAS.—Bueno; tú no vuelves a poner los pies en casa de don Lesmes, ni que me lo pidas de rodillas, porque no quiero yo que las estupideces que te cuentan...

CIRILO.—*(Vivamente y con mayor terror.)* ¿Estupideces?... Aguarde usté, señor cura, que lo gordo no ha sío eso, sino que cuando, al poco, me he salío a la calle pa venimen a casa, en cuanto me he visto solo y a escuras, m'ha dao un miedo, que tenía un temblor en las piernas que los dos reales en calderilla que llevo en el pantalón me sonaban; a too esto, como llueve si Dios tiene qué, y la noche está tan negra, abrí el paraguas, apreté a correr, tiré calle arriba, torcí por el callejón del Choto, desemboqué en la plaza e la iglesia... *(Agarrándose a él con espanto.)*, y ¡ay señor cura!

PADRE LUCAS.—*(Asustado también.)* ¿Qué hay?

CIRILO.—¡Que allí, a la puerta de la sacristía, me se aparecieron tres sombras!

PADRE LUCAS.—*(Con cierta inquietud.)* ¡Vamos, hombre!...

CIRILO.—¡No, yo no voy!

PADRE LUCAS.—No, ni yo tampoco... Digo que vamos, hombre, que no disparates.

CIRILO.—Sí, señor; tres sombras; una, blanca; otra, negra, y un fraile con una luz, que iba delante de ellas. Miro, y el fraile era calavera.

PADRE LUCAS.—Vamos, Cirilo; tú estás loco. ¡Un fraile calavera!... ¡No sabes lo que dices!

CIRILO.—Señor cura, no se lo juro a usté por la

memoria de mi madre, porque tiene una enfermedá que se le olvida too; pero estoy diciendo el Evangelio. ¡Por estas cruces! *(Las hace.)*

PADRE LUCAS.—¡Demontre! Pero tres sombras ahí en la...

CIRILO.—¡Sí, señor; tres! Y fueron las sombras, de que me vieron, y se vinieron pa mí, y me dijeron con voz cadavérica: «¡Chico!» Y yo, muerto de espanto, voy y grito: «¡Abrenuncio!...» Y va el fraile, de que oye esto, y me pega una patá que no sé si podré sentarme en toa la semana; y yo me emprendí una carrera que, si no está la puerta cerrá, taladro ese tabique, del arreo que traía. ¡Ay, que yo me muero!... No sé si del susto u del... *(Con la mano en la nalga.)* ¡Ay madre mía!

PADRE LUCAS.—*(Tratando de reponerse.)* Bueno, bueno; Cirilo, serénate, por Dios, que todo eso son alucinaciones tuyas y nada más. Cuando se tiene miedo, con la imaginación se ve todo lo que se quiere.

CIRILO.—No, pero si yo no quería verlo.

PADRE LUCAS.—Te han hablado de tres sombras y has visto tres sombras.

CIRILO.—¿Y la patá, que no me habían hablao y también la he visto?...

PADRE LUCAS.—Bueno, bueno; tranquilízate. Y de esto ni una palabra a mi hermana ni a Bárbara, porque con lo miedosas que son... Y tú, hijo, reza un padrenuestro, para desechar esas visiones, y como van a dar las nueve, vete a la iglesia y toca a Animas, que yo esta noche no puedo...

CIRILO.—¿Quién?... ¿Yo a la iglesia, solo, a tocar?... Con el... Amos, en seguidita toco yo a las ánimas esta noche, pa que se incomoden y me...

PADRE LUCAS.—Vamos, Cirilo; no digas herejías. Llévate el farol. Yo estaré aquí, en la puerta. Las tres campanadas y el clamor pronto se dan.

CIRILO.—Güeno. Pero usté no se menee d'aquí, no sea que...

PADRE LUCAS.—Además, ese miedo es un contra Dios, porque el Señor no permite que vaya por el mundo nada que no convenga a sus designios.

CIRILO.—¿Y si son tres ánimas que han salío sin premiso?

PADRE LUCAS.—Cirilo, no dudes de la Divina Providencia.

CIRILO.—Bueno; no dudaré. Pero usté no se menee d'aquí, ¿eh?...

PADRE LUCAS.—Anda sin miedo.

CIRILO.—Andaré; ¡ahora que sin miedo!... *(Mete el farol antes, lo saca, lo levanta y mira.)*

PADRE LUCAS.—Pero ¿qué haces?

CIRILO.—La luz, que no me deja ver... *(Entra aterrado y toca tres campanadas y un clamor ridículo.)*

PADRE LUCAS.—¡Que será lo que ha visto ese chico, Dios mío! ¡Qué toque de ánimas más tembioroso!

CIRILO.—*(Sale de estampía, tira el farol y se agarra al cura.)* ¡Ahí, ahí!... ¡Ahí!...

PADRE LUCAS.—*(Sobrecogido.)* ¿Ahí, qué?

CIRILO.—¡Ahí están otra vez! *(Vuelve al cura.)*

PADRE LUCAS.—¿Cómo que ahí? *(Se vuelve a él.)*

CIRILO.—Sí, se... señor, que por la ven... ventana del presbiterio, a la luz del farol que lleva el fra... fraile, las he visto. *(Le coge del brazo.)* Venga usté y las verá. *(Trata de llevarle.)*

PADRE LUCAS.—*(Aterrado, resistiéndose.)* ¡No, hombre; yo que voy a ver!... ¡Suelta, hombre!

CIRILO.—Y una de las sombras, que parece la ma... má...

PADRE LUCAS.—¿Cómo la mamá?

CIRILO.—La ma... más negra..., señalaba aquí... Aquí, señor cura.

PADRE LUCAS.—Bueno, Cirilo, cálmate, que me estás poniendo nervioso a mí también y me estás... Aunque, ¡Dios mío, cómo voy a creer yo que nada sobrenatural se pueda...! ¡Que me estás haciendo pecar, Cirilo!

CIRILO.—Pues venga usté y las verá. *(Vuelve a cogerle.)*

PADRE LUCAS.—*(Dando un respingo.)* ¡Que me sueltes he dicho!... *(Tratando de serenarse.)* ¡Pero yo no puedo creer eso, ea!

CIRILO.—¿Que no?

PADRE LUCAS.—*(Con gran energía.)* ¡No, señor!

CIRILO.—Hombre, premita Dios que se le aparezcan a usté, pa que las vea y se despatarre del susto.

PADRE LUCAS.—Haz el favor de callarte..., y ten más respeto, y más fe, y más... *(Mira, escamado, a todas partes.)* ¿Dónde dices que estaban? *(Se abre la puerta primera izquierda.)* Si..., si..., silencio, que salen mi hermana y Bárbara. ¡Disimula!

ESCENA IV

DICHOS, SIXTA y BÁRBARA.

SIXTA.—La cena. *(Bárbara pone sobre la mesa una cazuela.)*

PADRE LUCAS.—Bueno; siéntate, si puedes, que nos van a dar la cena.

CIRILO.—¡A mí ya me la han dao! *(Se sienta de media anqueta.)*

SIXTA.—Trae el plato.

CIRILO.—No tengo gana.

SIXTA.—Son patatas con bacalao, que te gustan mucho.

CIRILO.—*(Pone el plato con gran temblor y mirando a la ventana.)* Bue... bueno...

PADRE LUCAS.—Ten quieto el plato, que me están poniendo tus patatas en la sotana. Además, aún no he bendecido.

SIXTA.—Es verdad. Bendice, Lucas. *(Se hacen todos la señal de la cruz.)*

PADRE LUCAS.—«Alimentum cotidianum benedicite.» *(Sigue murmurando el rezo en voz baja, y, de pronto, al ver que la luz de un farol pasa por delante de la ventana de la izquierda, se levantan aterrados Cirilo y el señor cura, y este último dice, con voz aterrada y más fuerte:)* «Exaltacionis misericordiam tuam...» *(Desaparece la luz y vuelve a sentarse y a mascullar un rezo, hasta que de nuevo pasa la luz por la ventana de la derecha, y se vuel-*

ven a incorporar los dos, con espanto, y el cura dice:) «Et nunc et semper per in secula...» *(Desaparece la luz y se sientan, y el cura termina diciendo, en voz temblorosa y baja:)* «Paz domine sic semper vobiscum.»

LAS DOS.—Amén.

CIRILO.—¿He men...?

LAS DOS.—Amén.

CIRILO.—¿He men... tido u no he mentido?

PADRE LUCAS.—¡Virgen santa, no puedo negar que..., que una luz...!

SIXTA.—¡Pero, por Dios! ¿Qué les pasa a ustedes?...

PADRE LUCAS.—No, nada... *(Intenta comer y se le caen las patatas del tenedor.)* No es nada. Que me ha dicho éste que ha visto unas..., y ahora... me pareció que yo había visto así como unos... *(Dan tres golpes espaciados en la puerta. A cada golpe, el cura y el sacristán se levantan un poco más.)*

CIRILO.—¡Ahí están!

BÁRBARA.—¿Quién está ahí?

PADRE LUCAS.—¡Canastos!

SIXTA.—¿Quién llamará a estas horas?

BÁRBARA.—Pue que llamen p'algún enfermo que precise de... *(Va a abrir. Dan otros tres golpes.)*

CIRILO.—¡Las tres!

SIXTA.—¿Cómo las tres?

CIRILO.—Que las tres que llaman son tres ánimas en pena, doña Sixta.

SIXTA.—¿Qué estás diciendo?

BÁRBARA.—*(Abriendo.)* ¡Adelante!... *(Al abrir, el aire apaga el velón y quedan a oscuras, apareciendo en la puerta Elena, doña Leona y Agustín. Elena aparece hecha una sopa, con el traje de novia sucio y mojado. Doña Leona, con el abrigo negro, el sombrero hasta las orejas y envuelta en una bufanda. Y Agustín, con una anguarina de labriego, puesta la capucha y con un farol en la mano. Se cubren los tres con un gran paraguas, que viene chorreando.)*

CIRILO.—*(Dando un grito al verlos.)* ¡Las ánimas!

BÁRBARA.—¡Jesús!

SIXTA.—¡Madre Santa! *(Huyen Cirilo y Bárbara segunda derecha, y Sixta primera izquierda.)*

PADRE LUCAS.—*(No puede incorporarse del sillón, del terror que tiene. Cuantas veces intenta hacerlo cae sentado de nuevo.)* ¡Di..., didi... Di... di... di... Dios mi... mío!... *(Los tres quedan en la puerta, temblorosos, parados y estupefactos.)*

ESCENA V

ELENA, DOÑA LEONA, DON AGUSTÍN y el PADRE LUCAS.

AGUSTÍN.—Muy bue... bue... Muy buenas.

ELENA.—*(Con un horrible temblor.)* Ustedes pepe... Ustedes pepe...

PADRE LUCAS.—No, señora. Pepe es el juez municipal... Yo soy Lulu... Lulu... Lucas...

ELENA.—No. Di... go que ustedes per... perdonarán el susto que les ha dado nuestra apa... aparición..., pe... pero..., pe... pero...

LEONA.—Pero ya les pondremos en au... au... au...

AGUSTÍN.—*(Aparte, a Doña Leona.)* ¡No ladre usted, que con el susto que tiene, se muere!

LEONA.—Hijo, es el frío... Iba a decirle que ya le pondremos en autos de todo, que se tranquilice.

AGUSTÍN.—Sí, señor... Lo que nosotros pretendemos, ante todo, señor cura, es que usted reaccione, porque comprendemos que una aparición tan súbita, con esta noche, con estos indumentos y a estas horas, es para una aplopejía; si, señor.

LUCAS.—No; el susto ha sido... *(Después de varios intentos enciende una cerilla y con ella la luz del velón.)*

ELENA.—El susto ha sido como para que le sangren a usted, señor cura. Nos hacemos cargo.

PADRE LUCAS.—¡No, no lo crea usted!... ¡Con media docena de sanguijuelas me sobra!...

AGUSTÍN.—Pues tenga la bondad de tranquilizar-

se, y, pasada esta primera impresión y encendida de nuevo la luz...

ELENA.—Sí, date a conocer, para que el señor cura...

PADRE LUCAS.—Desde luego, yo desearía que ustedes tuvieran la bondad de decirme quiénes son, de dónde vienen y qué desean de este humilde sacerdote.

AGUSTÍN.—Sí, se... señor, de... desde luego. Usted no me ha reconocido; pero yo he venido aquí porque usted es mi papá..., mi papá...

PADRE LUCAS.—¿Eh?

AGUSTÍN.—Mi pa... padrino...; así le llamaba yo a usted, al menos; porque usted me bautizó, fué mi confesor...

PADRE LUCAS.—¿Su padrino?...

AGUSTÍN.—*(Bajándose la capucha.)* Míreme usted bien. Yo soy Agustín Papa... Papalazuelo... *(Se pasa el farol por la cara.)* Fíjese...

PADRE LUCAS.—¡Es verdad! ¡Agustinito! ¿Tú?... Pero ¡hijo de mi alma!... Tú aquí, a estas horas, en ese traje, con estas señoras, muerto de frío... ¡Claro, quién iba a reconocerte!... Pero ¿qué es esto?... ¿Qué os ha pasado? Por Dios, acérquense a la chimenea, que vienen calados.

ELENA.—¡Transidos, padre Lucas!

LEONA.—¡Y hambrientos!... ¡Seis horas en un carro de paja y sin poder tomar un bocado, señor cura!... ¡Es horrendo!... ¡El suplicio de Tántalo! *(Se acercan a la chimenea a calentarse. Los tres, en un grupo sentados. El padre Lucas, más lejos.)*

PADRE LUCAS.—¡Qué horror!... Pues nada, hijo; explícame qué te ocurre, porque tengo una impaciencia...

AGUSTÍN.—Sí, querido padrino; voy a explicárselo todo, para que se tranquilice y se... Verá usted qué claro y qué sencillo es lo que nos pasa.

ELENA.—Sí, anda, anda; explícale. Verá usted qué sencillo, qué claro y qué...

AGUSTÍN.—Bueno; pues... lo que nos ha ocurrido es que esta mañana, querido padrino, iba yo a... *(Aparte, a Elena.)* Oye, yo no me atrevo a decirle

lo que iba a hacer, porque, como es sacerdote..., si le digo que... *(Acción de dispararse en la cabeza.)*

ELENA.—*(Aparte.)* ¡Claro, no se lo digas!

AGUSTÍN.—*(Alto.)* Bueno; pues iba a hacer una cosa algo desagradable, que ya le contaré a usted cuando me quede seco..., porque tiene cierta relación... Cuando, en esto, se presenta en mi casa Elena, esta señorita, que es mi... *(Aparte, a Elena.)* Oye: ¿qué le digo yo que eres? Porque como luego hay que decirle lo otro...

ELENA.—*(Aparte.)* Claro; no le digas lo que soy hasta que...

AGUSTÍN.—Bueno; pues se presenta esta señorita, que ya le explicaré a usted lo que es, con esta señora, que es su...

ELENA.—*(Aparte.)* Oye: no le digas nada de carabina, porque se asustaría.

AGUSTÍN.—Que es su..., vamos, una cosa alarmante, que usted no comprendería, y, claro, una vez juntos los dos, pues hemos empezado que sí, que no, que me voy, que no te vayas..., que patatín, que patatán..., y, naturalmente, como la cosa era tan gravísima, pues nos hemos dicho: «¿Qué hacemos?...» Y hemos venido a contárselo a usted todo.

PADRE LUCAS.—¿A contármelo todo?... ¡Caramba! Pues... ¿Y ya me lo habéis contado todo?

AGUSTÍN.—Sí, señor. Y ahí tiene usted lo que pasa.

PADRE LUCAS.—Pero ¿dónde lo tengo?... Porque, vamos..., yo no acabo de comprender...

ELENA.—Sí, verdaderamente; la explicación que le has dado no ha sido...

AGUSTÍN.—¡Es que no te creas tú que lo que nos pasa es fácil de explicar!

PADRE LUCAS.—Yo no sé lo que os pasa, hijo mío; pero me acongoja el alma sospechar que quizá alguna locura de juventud...

ELENA.—¡Ah, padre; eso, no! ¡Eso sí que no!

AGUSTÍN.—Y lo que yo puedo asegurar a usted, para tranquilizar sus dudas, es que la culpa de que nos encontremos aquí a estas horas y en este estado la ha tenido la nodriza..., y ¡nada más que la nodriza!...

PADRE LUCAS.—¡Porra!... Pero ¿traían ustedes algún niño?

ELENA.—*(Sonriendo.)* No, señor. No es una nodriza de esas de veinticinco duros y vestida; no, señor. ¡No se asuste usted!

AGUSTÍN.—Ha sido la nodriza del carburador.

PADRE LUCAS.—¿Quién es el carburador?

AGUSTÍN.—Pues un chismecillo al que nutre de gasolina otro chismecillo, que se llama nodriza, y que se nos ha descompuesto, deteniéndose el automóvil a algunos kilómetros antes de llegar aquí, por lo que nos vimos obligados a que nos recogiera un carretero que conducía un carro de paja, y en el cual, bajo un diluvio, hace media hora hemos llegado al pueblo en el lamentable estado en que nos encontramos.

PADRE LUCAS.—Sí, sí; muy bien. Bueno; pero vamos a ver. ¿Esta niña...?

ELENA.—¡No; ya no soy tan niña, señor cura!

PADRE LUCAS.—¡Como la veo a usted vestida de primera comunión!

ELENA.—No, señor. Este traje no es de eso; es de... todo lo contrario...

PADRE LUCAS.—¿Cómo de todo lo contrario?...

ELENA.—¡De novia!

PADRE LUCAS.—¿De novia?

ELENA.—Sí, señor.

PADRE LUCAS.—Entonces, ¿os ibais a casar?

AGUSTÍN.—Se iba a casar ella...

PADRE LUCAS.—Pero ¿ella sola?

ELENA.—No, no, señor; sola, no... Me iba a casar con... *(Vacila, se miran, duda.)*

PADRE LUCAS.—Pero ¿no contigo?

AGUSTÍN.—¡No conmigo!...

ELENA.—No consigo... No consigo acertar con la frase que exprese a usted...

PADRE LUCAS.—¡No, no hace falta, hija mía!... ¡Ay, Agustín, que no sé qué sospecho!...

ELENA.—¡Ah, no, padre! No crea usted en nada malo ni incorrecto. ¡Yo se lo ruego!...

PADRE LUCAS.—No, no lo creeré; pero, vamos. Vienes de novia, con un novio que no es el tuyo. Os

acompaña una señora alarmante, según me habéis dicho, y se os ha estropeado la nodriza... Conque la cosa no es para creer en una visita de cumplido.

AGUSTÍN.—Sí, sí; las apariencias son fatales, lo reconozco. Y necesitamos hacer una confesión general; pero después de secarnos, padre, porque estas personas que me acompañan vienen de agua como para que las canalicen.

PADRE LUCAS.—Sí, sí, nada; voy a llamar a mi hermana, que dará a ustedes ropa suya y de Bárbara... El caso es que se pongan algo seco... Y tú te pondrás un traje mío de paisano... Ancho te va a estar; pero mejor que empapado...

AGUSTÍN.—¡Ah, sí, desde luego!

ELENA.—¡Dios se lo pagará!

AGUSTÍN.—Gracias, padrino.

PADRE LUCAS.—Y luego hablaremos. *(Llamando.)* ¡Sixta, Sixta!

ESCENA VI

DICHOS y SIXTA, por la primera izquierda.

SIXTA.—*(Apareciendo.)* Pero ¿se puede?

PADRE LUCAS.—Sí, sí, pasa, pasa sin temor. *(Presentándola.)* Mi hermana...

ELENA.—Tanto gusto. ¡Encantadísima!

LEONA.—Y una servidora, desfallecida, pero encantada también.

ELENA.—Perdone usted que les hayamos dado un susto tan horroroso.

SIXTA.—No, si el susto no ha sido...

PADRE LUCAS.—Sí, sí, no valen disimulos. El susto ha sido que yo tengo el bacalao, que si se me va a Escocia lo vuelven a pescar.

LEONA.—Es bacalao. Me dió el olorcillo.

SIXTA.—Sí, bueno, claro...: una ligera sorpresilla. Está una tan poco acostumbrada a las emociones fuertes en estas aldehuelas... ¿Y estos señores son...?

PADRE LUCAS.—Pues tengo el placer de presentarte a esta señorita, que es una joven que no tengo el gusto de saber quién es... *(Se dan la mano.)*

SIXTA.—¡Ah, muy bien!... A su disposición.

PADRE LUCAS.—Y te presento también a esta señora, que..., que tampoco me han podido decir...

SIXTA.—¡Tantísimo gusto!... ¿Y cómo han venido a estas horas?

PADRE LUCAS.—Pues han venido a estas horas por, por circunstancias que ignoro y para un asunto que, que ya me explicarán, con objeto de realizar algo que ya, ya te diré cuando me lo digan a mí, ¿sabes?

SIXTA.—¡Ah, muy bien, muy bien! Encantada de conocerlas... ¡Claro, quién iba a presumir que por una cosa así...! ¿Y este joven tan parecido a Chon Chilber?

AGUSTÍN.—¿A Chon, quién?

SIXTA.—Chilbert.

PADRE LUCAS.—A éste sí que le conoces; fíjate, es Agustinito Palazuelo...

SIXTA.—¿El hijo de Encarnación García Tallarín? ¡Es verdad! Tiene todo el tipo de los Tallarines.

PADRE LUCAS.—Todo. Pues aquí lo tienes hecho una sopa...

SIXTA.—¿No es ahijado tuyo?

AGUSTÍN.—En efecto, señora... *(Le da la mano.)*

SIXTA.—Pues tantísimo gusto.

PADRE LUCAS.—De forma que lo que precisa es que les demos ropa seca, porque traen sus trajes perdidos de agua.

SIXTA.—¡Oh, encantada! Y lo que siento es no disponer de un armario lleno de toaletas como las que describe en sus reseñas granmundanas la señorita Dy Safor en el «A B C D».

PADRE LUCAS.—En el «A B C» nada más, hija; quita la D.

SIXTA.—Es verdad; pero como me es un periódico tan simpático, todo se me hace poco.

PADRE LUCAS.—Conque llévate tú a estas señoras, Sixta, y tú vente conmigo, Agustín.

SIXTA.—Sí, vengan, vengan... ¡Ay, qué cara!... Es talmente Marion Devis.

AGUSTÍN.—¿A quién le ha llamado esa señora Marion?

PADRE LUCAS.—No sé; pero no la hagas caso. Obsesiones suyas. *(Sixta, con Elena y Doña Leona, salen por primera izquierda.)*

ESCENA VII

CIRILO y BÁRBARA, con caras de terror, por la primera izquierda.

BÁRBARA.—¿Serán tres ánimas, Cirilo?

CIRILO.—Yo no sé qué te diga, Bárbara; pero yo he mirao por la cerradura y las he visto a las tres junto a las llamas de la chimenea con las manos así *(En actitud de oración.)*, que estaban talmente como pa rezarles un padrenuestro u pa echarle diez céntimos en el cepillo.

BÁRBARA.—Más me inclino yo a lo del cepillo...

CIRILO.—¿Quiés que les recemos un padrenuestro, por si son ánimas?

BÁRBARA.—Aguarda, que digo yo una cosa. Si son del Purgatorio, ¿cómo no s'han asustao el señor cura y doña Sixta?

CIRILO.—Entonces, ¿sabes lo que yo hacía?... Mirar por la cerradura, y, según lo que veamos, hacemos.

BÁRBARA.—Dicho. Voy a ver. *(Va a mirar por donde se fué Don Agustín.)*

CIRILO.—Oye, no. *(Deteniéndola.)* Tú no mires, que ahí está el fraile.

BÁRBARA.—Pero, hombre, si son ánimas, ¿qué más da?

CIRILO.—Bueno; pero ¿y si no son?... Yo miraré primero, por si es caso... *(Mira.)*

BÁRBARA.—¿Qué se ve?

CIRILO.—¿No lo dije?... ¡Miá si llegas tú a mirar!

BÁRBARA.—¿Qué?

CIRILO.—¡Que lleva calzoncillos cortos!

BÁRBARA.—Pos con eso no viene del Purgatorio.

CIRILO.—Claro que no; como que se le hubían quemao. *(Cambia donde están las señoras.)* ¡Atiza!... ¡Aquí sí que...!

BÁRBARA.—¿Qué ves?

CIRILO.—La señora más gruesa, que se está cambiando de medias.

BÁRBARA.—¿Y qué?

CIRILO.—¡Rediez!... ¡Que tié unas piernas que no son pa un requiescat; son para un gloria in excelsis!... ¡Qué piernas!

BÁRBARA.—¿De modo que no son una cosa del otro mundo?

CIRILO.—Mujer, una cosa del otro mundo no te diré yo; pero son manificas.

BÁRBARA.—¡Amos, quita d'ahi! *(Le empuja para que no mire.)*

CIRILO.—¡Déjame, que son manificas! *(Mira de nuevo.)*

BÁRBARA.—¡Güeno, pos tú verás...; pero yo me queo a ciegas! *(Mira en la otra puerta.)* ¡Mi madre! *(Retrocede.)*

CIRILO.—¿Qué has visto?

BÁRBARA.—Un joven que se ha caído dentro de unos pantalones..., y creo que lo van a sacar... *(Mira de nuevo.)* Sí, lo van a sacar...

CIRILO.—Po; ámonos, no sea que nos pesquen aquí. *(Vanse segunda derecha.)*

ESCENA VIII

DON AGUSTÍN y el PADRE LUCAS, por la primera derecha. DON AGUSTÍN sale con un traje que le está anchísimo.

PADRE LUCAS.—La americana no te está mal del todo.

AGUSTÍN.—*(Que sale acabándosela de poner.)* Debo de estar como para una página en color de un periódico de modas y deportes.

PADRE LUCAS.—No diré tanto; pero estás seco, y, sobre todo, estás amplio. ¡A mí me gustan las cosas amplias!

AGUSTÍN.—Ya se conoce. Ahora que el género de este trajecito le habrá a usted costado trece o catorce mil pesetas.

PADRE LUCAS.—No; me regaló la tela un fabricante que surtía al Ejército.

AGUSTÍN.—Pues le regaló a usted lo que tenía destinado al regimiento de Garellano. ¡Aquí cabe hasta la Plana Mayor!

PADRE LUCAS.—Claro, con esas currutaquerías que lleváis ahora...

ESCENA IX

DICHOS, ELENA, DOÑA LEONA y SIXTA. ELENA, vestida graciosamente de aldeana leonesa; DOÑA LEONA, con otra ropa, pero de señora, por la primera izquierda.

ELENA.—¡Ay, por Dios, no mirarme!..

PADRE LUCAS.—¡Jesús!... ¡Pues si está usted encantadora!

AGUSTÍN.—Pero ¡si pareces enteramente una aldeana!... ¡Qué monada!

ELENA.—¡Ay, Agustín, qué facha!.. Pero ¿tú de qué vas?

AGUSTÍN.—De almacén de paños..

ELENA.—¡Qué americana!... ¡Tienes que abrírtela con guardamalleta!

LEONA.—*(Saliendo con un traje verde muy cursi.)* ¡Aquí me tienen a mí!

SIXTA.—Es mi traje de León.

ELENA.—¿De León?... Pues parece más bien de lagarto.

SIXTA.—Pero la que está encantadora es esta señorita... Cualquiera diría que toda la vida ha sido una aldeana... Maneras, movimientos...

ELENA.—Es que soy tan sugestionable, ¿sabe us-

ted?..., que en cuanto me pongo un traje me creo ser lo que el traje representa...

PADRE LUCAS.—¡Es curioso!...

ELENA.—Ya ve usted: de pequeñita me disfrazaron de Doña Inés del «Tenorio», y en cuanto veía un sofá me echaba en él y empezaba a decir a cualquier chico: «¡O arráncame el corazón, o ámame, porque te adoro!...» Nada, que a los quince minutos me tuvieron que desnudar.

LEONA.—Pues acuérdate del año que te vistieron de pasiega.

ELENA.—¡Oh, aquello fué horrible!...

PADRE LUCAS.—Bueno; pues ahora, ya secos y tranquilos, hijos míos, sentaos previamente, y yo creo que debíais contarme con toda franqueza, pero con toda franqueza, qué acontecimientos os han traído a esta humilde casa. *(Se sientan todos.)*

AGUSTÍN.—Sí, señor, querido padrino. *(Queda en pie.)* Con mucho gusto. *(Aparte.)* ¿Y cómo se lo digo? Se lo embarullaré con un poco de retórica. *(Alto.)* Pues voy a contárselo todo, señor cura. Ahora bien: que al empezar mi narración les suplico que la oigan con un poco de benevolencia, y que perdonen si la exaltación dramática me lleva a extremos líricos que me son necesarios para aprisionar toda la poesía que bate sus alas luminosas sobre nuestra aventura, impregnándola de un aroma de juventud cuya fragancia...

PADRE LUCAS—Bueno; al grano.

AGUSTÍN.—Al grano; pero no me pisen los párrafos, hagan el favor, que, si no, me pierdo. Pues bien: sí, amado padrino; lo diré con entera franqueza: ¡yo esta mañana iba a suicidarme!

PADRE LUCAS.—¡Jesús!...

AGUSTÍN.—Gracias..., gracias a ésta, todavía aliento. ¿Cómo fué? Helo aquí...

SIXTA.—¡Oh, qué interesante!...

PADRE LUCAS.—Sigue...

AGUSTÍN.—Yo, amado padrino, adoro a Elena; pero la adoro con extremos tan ardorosos y frenéticos, que esta pasión, más que pasión, es un verdadero desate.

ELENA.—¡Que se te caen los pantalones, Agustín!

AGUSTÍN.—*(Se los sujeta.)* Y este desate hace que ella sea para mí como estrella solitaria que en la noche callada parpadea fulgurante en el desierto sideral, enviándome su efluviosa dulcedumbre... ¿Podía yo consentir, pues, que la flor de sus labios diera su aroma a otros labios usurpadores?... No. ¡Jamás!... Pues eso es lo que iba a suceder. La iban a casar con otro. Y eso, no, no. ¡Nunca, nunca! ¡Qué porra!

PADRE LUCAS.—A propósito de porra: párate.

AGUSTÍN.—¿Qué pasa?

PADRE LUCAS.—¿Dices que iban hoy mismo a casarla?

AGUSTÍN.—Hoy mismo.

PADRE LUCAS.—¿Con otro?

AGUSTÍN.—Con otro, sí, señor.

PADRE LUCAS.—¡Santo Dios! Y entonces, ¿cómo está aquí contigo?

AGUSTÍN.—¡Aaaaaaah!

SIXTA.—¡Qué interesante! *(A Don Agustín.)* ¡Oh, qué cinta!

AGUSTÍN.—¡Es la de los tirantes, señora!

PADRE LUCAS.—¡Por Dios, no interrumpirle!... Di, ¿cómo, entonces, está aquí contigo?

AGUSTÍN.—¡Aaaaah!

ELENA.—Bueno; calla tú, que yo se lo contaré de una manera más concreta. Si no, no acabaríamos nunca. Oigame a mí, padre.

PADRE LUCAS.—¡Habla, por Dios, hija!

ELENA.—Yo amaba a éste; pero defendió como letrado a un amigo de papá; ganaron el pleito, y papá me obligó a dejar sus relaciones y formalizarlas con Javierito Salado, un muchacho diplomático; y esta mañana, cuando iba a casarme con Javierito, he recibido una carta de éste... Saca la carta.

DON AGUSTÍN.—Me la he echado al bolsillo, y tardaría mes y medio en dar con ella.

ELENA.—Bueno; ahí se la encontrará usted... Pues recibí una carta de éste amenazándome con suicidarse en la misma iglesia donde yo iba a contraer matrimonio con el otro.

PADRE LUCAS.—¡Qué horror!

AGUSTÍN.—¡Estaba loco, padre!

PADRE LUCAS.—¡Ya me lo figuro, hijo!

SIXTA.—¡Oh, si esto lo cogen en Hollovay!

ELENA.—Enloquecí al leerlo. Corrí a disuadirlo, ya vestida para la ceremonia, y allí, en su casa, gritos, llantos, suspiros, ayes...

LEONA.—La pintó un cuadro tan horroroso, que el «Año del hambre», de Goya, era una caricatura de Xaudaró.

ELENA.—Y, claro, yo, nerviosa, impresionable, me horroricé.

LEONA.—Y el tiempo pasaba..., y yo, en el comedor, devorando mi impaciencia...

AGUSTÍN.—De pronto, cuando quisimos recordar, ya era tarde.

ELENA.—En casa habían notado mi falta.

LEONA.—El escándalo estaba dado.

AGUSTÍN.—Sus padres venían a buscarla.

LEONA.—Su prometido, también, pistola en mano.

ELENA.—En esta incertidumbre..., ¿adónde huir?

AGUSTÍN.—Le recordé a usted.

PADRE LUCAS.—¡Caray, pues vaya un recuerdito!

ELENA.—Me dijo: «Volemos a Prádanos del Lebrato.»

AGUSTÍN.—Mi padrino es sacerdote; de modo que llegamos, nos postramos a sus pies...

ELENA.—Y de rodillas imploramos su bendición. Y aquí nos tiene usted, en Prádanos del Lebrato, de rodillas, inclinada la frente... *(Lo hacen.)*

AGUSTÍN.—Y diciendo: «Padre Lucas, queremos unirnos en la santa coyunda. ¡Bendíganos usted!» *(Todos se han arrodillado. Agustín y Elena, cogidos de la mano.)*

PADRE LUCAS.—*(Indignado, en pie.)* ¿Que os bendiga?... ¡Vamos, no te doy un pescozón, porque no quiero olvidar mi carácter sacerdotal, que si no...!

AGUSTÍN.—*(Huyendo.)* ¡Caracoles!

ELENA.—Pero ¿es que no puede usted casarnos?

PADRE LUCAS.—Pero ¿cómo voy a casaros?... Pero ¿tú crees que esto de casarse es tan sencillo como tomarse un refresco en el Peral de la Castellana?

AGUSTÍN.—¿De modo que es imposible que nos unamos?

PADRE LUCAS.—Pero ¿imaginas que en España se hacen bodas como esas de las películas, en que un cura, colgado de un andamio, casa a dos que pasan en motocicleta a sesenta por hora?...

SIXTA.—¡Ay, pues sería precioso!

PADRE LUCAS.—De forma que, después de lo que habéis dicho, tú, Agustín, no puedes permanecer en esta casa ni un minuto más hasta que salga de ella esta señorita.

AGUSTÍN.—Pero ¿adónde voy a estas horas?

PADRE LUCAS.—A la posada.

AGUSTÍN.—¿Me admitirán?

PADRE LUCAS.—Admiten toda clase de talegos. ¡Habéis hecho una locura!... Comprometiéndome a mí ante tus padres, ante la ley, ante las autoridades eclesiásticas...; porque, ¿cómo justifico yo que en mi domicilio parroquial se albergan dos fugitivos?

ELENA.—*(Llorando.)* ¡Ah Dios mío, que le hemos comprometido!...

PADRE LUCAS.—De modo que a esta señorita, mañana, en cuanto amanezca, me la voy a llevar a su casa.

ELENA.—No; a mi casa, no; a un convento, padre, a un convento.

PADRE LUCAS.—¿Qué convento?... ¡A su casa!

ELENA.—¡No; yo quiero ir a un convento!

PADRE LUCAS.—Pero ¿a un convento en concepto de qué?

ELENA.—¡En concepto de novicia!

PADRE LUCAS.—¿Una novicia que se iba a casar con uno y se escapa con otro? ¡Valiente novicia!

ELENA.—¡Ay, sí, sí, es verdad, señor cura! ¡Ay, que lo que me pasa es horrible! ¡Ay, que no tengo salvación! ¡Ay, que yo quiero suicidarme!... ¡Yo quiero tomar un veneno!...

PADRE LUCAS.—¡Aquí no se toma usted nada!

AGUSTÍN.—¡Por Dios, padrino, no nos abandone usted!

PADRE LUCAS.—Pero ¿qué quieres que haga yo?...

¡Esta señorita ha adquirido compromisos canónicos y legales con otro joven que no son fáciles de destruir!...

ELENA.—¡Ay, que no son fáciles! ¡Ay, qué horror!... ¡Ay, que me quiero envenenar!... ¡Darme algo!... Pero ¿no tienen ustedes cerillas?...

PADRE LUCAS.—Y dime: ¿no sabe nadie que os habéis dirigido aquí?

AGUSTÍN.—No, nadie; eso, no, no lo sabe nadie, no tenga usted cuidado.

PADRE LUCAS.—Menos mal... Eso nos dará algún tiempo para preparar...

LEONA.—No sabe nadie que estamos aquí, puede usted estar absolutamente tranquilo. *(Golpean fuertemente la puerta.)*

ELENA.—¡Madre!...

PADRE LUCAS.—¡Cielos! ¡Llaman!

AGUSTÍN.—¡Porra!

ELENA.—¡Santo Dios! *(Alumbra la ventana el resplandor de los faros de un automóvil.)*

SIXTA.—¡Los faros de un automóvil! *(Suena un «claxon» que ladra.)*

ELENA.—¡Mi novio!... Conozco los ladridos de su «claxon».

SIXTA.—Vengan. Escóndanse.

PADRE LUCAS.—Ocúltalos un momento. *(Huyen todos primera izquierda.)*

VOZ.—*(Fuera.)* ¡Abran inmediatamente!

PADRE LUCAS.—¿Quién va?

VOZ.—*(Fuera, golpeando.)* ¡Abran, o echamos la puerta abajo!

ESCENA X

El PADRE LUCAS, JAVIERITO y AMADOR, con trajes de camino.

PADRE LUCAS.—*(Enérgicamente abriendo.)* ¡Adelante quien sea!... Pero ¿qué es eso de echar la puerta abajo en una casa honrada y cristiana?

LOS DOS.—*(Entrando airados.)* ¡Buenas noches!

PADRE LUCAS.—Dios se las dé como les convenga, con buen comedimiento de añadidura.

JAVIERITO.—Perdone usted, señor mío; pero estímulos de honor y apremios de venganza me obligan a prescindir de las conveniencias sociales.

PADRE LUCAS.—Yo no puedo aceptar disculpas de quienes en tal noche y a esta hora, en vez de solicitar una hospitalidad, la exigen.

JAVIERITO.—Lo sentimos mucho; pero lo que nos ocurre justifica todas las demasías, porque es muy amargo, señor cura, muy amargo lo que nos trae a esta casa.

AMADOR.—¡Es muy triste lo que nos sucede, señor cura!

PADRE LUCAS.—¿Ustedes dirán?

JAVIERITO.—En esta casa sabemos que se alberga...

AMADOR.—Lo sabemos, porque nos lo ha dicho el mismo carretero que lo ha traído...

JAVIERITO.—Un miserable, que esta mañana ha raptado villanamente a la mujer a quien yo esperaba al pie mismo del altar... ¿Y qué haría usted, señor cura; que haría usted con el bandido que le hubiese arrebatado la novia?...

PADRE LUCAS.—Hombre, yo no puedo servir de término de comparación...

AMADOR.—¿Y usted me ve a mí de luto?... Bueno; pues no se me ha muerto nadie.

PADRE LUCAS.—¡Caramba, pues que sea enhorabuena!

AMADOR.—¡Qué enhorabuena ni qué narices!... A mí se me muere hoy ese miserable, o lo mata este señor.

JAVIERITO.—¡Es un canalla, que con una farsa trágica ha abusado del terror de una criatura impresionable, arrebatándola de mis brazos!

AMADOR.—Es un farsante, que me saca de Béjar, me nombra heredero universal jurándome que a la una menos cuarto se iba a pegar un tiro en el atrio del convento de las religiosas de San Juan Ante Portam Latinam, y en vez de cumplir su compromiso en ese convento o en otro cualquiera, que yo no soy exigente, va y se escapa con la novia del

señor, dejándole a él en blanco y a mí como usted me ve: de riguroso luto. ¡Ah, no; eso no puede ser!

JAVIERITO.—Y figúrese usted el ridículo y la vergüenza en que yo he quedado. Pertenezco al Cuerpo diplomático... ¡Bueno; pues todo mi Cuerpo, muerto de risa!... ¡Ah, no, no; esto es tremendamente trágico!... De modo que dígale usted que salga, porque yo necesito matarle.

AMADOR.—¡Y yo necesito que lo mate!

PADRE LUCAS.—¡Por Dios, reflexionen ustedes!

JAVIERITO.—Yo no reflexiono nada; yo le mato. ¡Me lo pide mi dignidad! ¡Me lo pide el cuerpo!...

PADRE LUCAS.—¡En mi casa no matan ustedes a nadie, señores míos!

AMADOR.—¿Cómo que no? Es absolutamente preciso... Al señor se lo pide el cuerpo, y a mí me lo pide el que a cuenta de la herencia he firmado letras, he puesto un telegrama a mi principal insultándole, y me echará del Paraíso; he adquirido compromisos de un orden delicadísimo con una tal Sinforosa, y esto no se enmienda ya. Yo tengo en mi bolsillo una esquela mortuoria de su puño y letra, y esta esquela no se queda inédita... ¡Yo la publico mañana, pase lo que pase!... ¡A mí no se me da el timo de la gasa!... ¡Ah, no!...

JAVIERITO.—¡Ni a mí se me deja de chaquet!... Conque... que salga, porque ya me pesa el tiempo que tardo en meterle una bala en el corazón.

AMADOR.—¡Que salga ese canalla!

PADRE LUCAS.—¡Ea, pues no saldrá!

LOS DOS.—¿Cómo que no?

PADRE LUCAS.—No, señores; y puesto que olvidan ustedes que están en mi casa, yo se lo recordaré, invitándoles a salir de ella inmediatamente. *(Abre la puerta.)*

JAVIERITO.—¿Cómo salir de ella? ¡Está usted loco!... ¡Yo no me voy de aquí, pase lo que pase, sin registrar la casa pieza por pieza y acribillar a tiros donde lo encuentre a ese perro vil y fementido!

AMADOR.—¡Muy bien!... ¡Que salga ese perro!... ¡Qué salga ese cobarde!... O entra el señor y le... *(Sale Agustín y lo echa a rodar de un empujón.)*

ESCENA XI

DICHOS y DON AGUSTÍN, por la primera izquierda.

AGUSTÍN.—¡Basta, miserables!... *(Empuña un leño de la chimenea y se planta ante ellos en actitud heroica.)*

PADRE LUCAS.—¡Agustín, por Dios!

AGUSTÍN.—¡Eso de perro ha colmado la medida! ¡Aquí me tienes!

JAVIERITO.—Pero ¿qué esperpento es éste?

AGUSTÍN.—Un esperpento que te va a arrancar la lengua como te arrancó la novia.

JAVIERITO.—¿Y encima me insulta?... ¡Ah, no!... ¡Tras de lo uno lo otro, no!... ¡Disponte a morir, canalla! *(Saca una pistola.)*

AGUSTÍN.—¡Vamos a verlo, que a mí no me achica nadie!

AMADOR.—No; como no sea un sastre, no hay quien lo achique...

PADRE LUCAS.—¡Por Dios, Agustín, que estáis en mi casa!...

AGUSTÍN.—¡Quítese usted, padre; quítese de delante, que lo parta de un leñazo..., que ya estoy en la alternativa de morir o de matar!...

AMADOR.—Y respecto a mí...

AGUSTÍN.—Aparta, que yo no mato becerros... Ya has oído lo de la alternativa. *(Tirándole leñazos a Javier y tratando de desasirse del Padre Lucas.)* Déjeme que triture a ese pinta... ¡Canalla!... ¡Cobarde!...

JAVIERITO.—¡Apártese, que lo mato!... *(Dispara con su pistola y le falla el tiro.)*

AMADOR.—Afina la puntería, ¡por Dios!

JAVIERITO.—¡Apártese, que lo mato! *(Otro fallo.)*

AMADOR.—Pero ¡dispárale bien!...

JAVIERITO.—¡Apártese, que lo mato! *(Otro fallo.)*

AMADOR.—Pero ¿qué le pasa, que no dispara?... ¡Apúntele bien, por Dios!

JAVIERITO.—Que con la lluvia se conoce que se me han mojado los cargadores... ¡Yo no sé qué tiene esta pistola!... *(Al apuntar hacia el suelo para probarla de nuevo, le sale el tiro y le da en un pie a Amador, que da un terrible grito; levanta el pie, se lo coge con la mano y cae rodando al suelo.)*

AMADOR.—¡He perdido una falange!...

JAVIERITO.—¡Socorro, que lo he herido!...

PADRE LUCAS.—¡Santo Dios, sangre, sangre homicida en mi casa!... ¡Socorro!...

AMADOR.—¡Me ha matado!... ¡Un médico!... ¡La Extremaunción!...

ESCENA XII

DICHOS, ELENA, DOÑA LEONA, SIXTA, BÁRBARA y CIRILO.

ELENA.—¡Dios mío! Pero ¿qué ocurre?

JAVIERITO.—La tragedia de tu culpa. ¡He aquí tu obra!

SIXTA.—¡Un tiro!... ¿A quién?...

PADRE LUCAS.—¡Un hombre herido!...

BÁRBARA.—¡Voy a avisar al señor médico!...

ELENA.—¡Sangre!... ¡Yo me muero!...

PADRE LUCAS.—¡Vamos, venid; ayudadme! ¡Por caridad! ¡Por misericordia! ¡Que se desangra!...

AMADOR.—¡Me muero! ¡Me muero!... ¡Llevadme entre cuatro!

LEONA.—*(Saliendo.)* Pero ¿qué ha sido?

PADRE LUCAS.—¡A este señor, que le han pegado un tiro en un pie!

LEONA.—Entonces, ¿qué dice de cuatro?

PADRE LUCAS.—¡Un tiro en un pie, señora!

LEONA.—¡Ah, ya!... ¿Y no sabe en cuál de los cuatro? ¡Pobre hombre!... *(Gritos, confusión, barullo.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo, sino que poco después de amanecer. Están las puertas abiertas. Sigue lloviendo. Gotean las canales. En la calle, un ambiente gris de niebla.

ESCENA PRIMERA

BÁRBARA; luego, el PADRE LUCAS.

BÁRBARA.—*(Limpia la habitación, barriendo y sacudiendo los muebles. El reloj apunta las siete. Sale el cuco y canta una vez nada más.)* ¡Mialo: el demonio el avechucho! ¡Son las siete y no ha salío más que una vez!... Que en cuanto me ve sola me tie miedo. U pue que esté amedrentao del jaleo que se armó aquí anoche. ¡Madre, qué trifulca!... ¡Era pa morisen!... ¡Pos doña Sixta, encantá; diciendo que esto paecían los ángeles!... ¡Mia que los ángeles, con la de estacazos que se repartieron a última hora!

PADRE LUCAS.—*(Sale todavía emocionado y temeroso.)* Buenos días, Bárbara.

BÁRBARA.—Que sean mejores que la noche pasá, señor cura.

PADRE LUCAS.—Calla, hija; ¡qué nochecita!... ¿Viste qué espanto?

BÁRBARA.—¿No habrá usté podío dormir?

PADRE LUCAS.—Poquísimo, y lo que he dormido

con una inquietud y desasosiego... No hacía más que quedarme traspuesto y soñaba que seguía lloviendo a mares, que se me aparecían en la puerta nuevos forasteros repartiendo bofetadas, y que uno de ellos me dió un paraguazo que me rompió la teja, a consecuencia de lo cual se me produjo una gotera que me calaba sotana y todo. ¡Qué pesadilla, Jesús!

BÁRBARA.—¡Menudo fregao nos metió en casa el ahijadito! ¡Y yo que creí que eran ánimas del purgatorio!

PADRE LUCAS.—Mira: puede que nos hubiese tenido más cuenta.

BÁRBARA.—Seguro, porque con un par de rosarios y tres tazas de tila...

PADRE LUCAS.—Bueno, bueno; no disparatemos. *(Se persigna.)* Y gracias a que yo tuve energía y mandé a aquellos dos energúmenos cada uno a una posada, si no me matan aquí. Hice acostar a la señorita y a su acompañanta en el cuarto de forasteros, y respecto al señor herido ya viste que tuvimos la suerte de que a las voces entrara el veterinario, que pasaba cerca; que le vió, le examinó la herida del pie y dijo: «Esto es cosa mía.» Y se lo llevó para curarlo.

BÁRBARA.—Pero el pobre señor no iba muy conforme.

PADRE LUCAS.—Es que no le satisfizo el diagnóstico, y cuando se lo llevaban me dijo: «Este señor me va a errar.» Tuve que tranquilizarlo. ¡Ay, qué noche, qué noche, Madre Santa!... Que se vayan cuanto antes es lo que pido a Dios.

ESCENA II

DICHOS y SIXTA, que entra de la calle cerrando el paraguas.

SIXTA.—*(A Lucas.)* ¿Ya te levantaste?

PADRE LUCAS.—¡Si apenas he podido pegar un ojo!...

SIXTA.—Ya me lo figuraba. Con ese genio tuyo tan apocado y tan... ¡Jesús, qué hombres de tan poco ánimo!

PADRE LUCAS.—¡Poco ánimo, cuando las pasiones endemoniadas se han desencadenado en nuestra casa!

SIXTA.—¡Ay, pues tú no sabes lo que yo disfruté anoche!

PADRE LUCAS.—*(Indignado.)* ¡Vamos, Sixta, por Dios; no digas eso!

SIXTA.—Como tienen todos tan buenas figuras y se pegaban como si lo tuviesen ensayado, a mí me daba la impresión de que estábamos filmando una película.

PADRE LUCAS.—*(Enfadado.)* Sí, ¡Tomasín sacerdote!... ¡Jesús, hija, que tienes unas cosas!... ¿Y de dónde vienes?

SIXTA.—¡Ay, calla, que vengo del establo! ¡Esa chiquilla forasterita es encantadora! A las cinco ya estaba en pie. Se ha barrido su cuarto, se ha hecho su cama...

PADRE LUCAS.—¡Canastos!... ¿A las cinco la cama?...

SIXTA.—Y como dice que ella siente la influencia del traje que se pone, pues se ha sentido aldeana, ha cogido los zuecos, las cántaras de leche, el paraguas, y con la señora de compañía se ha ido al establo, y allí la tienes ordeñando las vacas.

PADRE LUCAS.—¡Ordeñando las vacas desde las cinco!... Traerán veinte azumbres de leche lo menos.

SIXTA.—No, como ella ordeña tan despacio y la señora se la bebe tan de prisa..., pues no la cunde.

PADRE LUCAS.—Claro, de esa manera...

SIXTA.—Dice que goza en el establo, y si deja de ordeñar es para acariciar a la ternera. ¡Son más simpáticas!... La señora de compañía me ha preguntado: «¿Esta ternera es de las que se comen?» La he dicho que sí, y, «¡Ay, qué rica!», ha exclamado, mirando al animalito por todas partes. «Qué la busca usted?», la he dicho. «Estoy viendo a ver si la encuentro los filetes...» Qué ingenuidad, ¿eh?

PADRE LUCAS.—Sí, mucha ingenuidad; pero como la coja con guisantes, ya verás tú.

SIXTA.—Pues la chiquilla está encantadísima, diciendo que no se quiere ir de aquí de ninguna manera.

PADRE LUCAS.—¡Canario! ¿Cómo que no se quiere ir de aquí?... ¡Ya lo creo que se va!... ¡Pues eso podíamos hacer! ¡Menudo telefonema le he puesto a los padres, de perentorio y de apremiante, para que vengan por ella!... Cirilo lo llevó anoche mismo a Orcajo con la yegua.

SIXTA.—Es que como dice que esto es idílico y se ha vestido de aldeana, pues no va a haber quien la mueva del pueblo.

PADRE LUCAS.—Es que yo la voy a vestir de motorista, a ver si coge la carretera adelante y desaparece en dos minutos, porque yo aquí no quiero más jaleos.

BÁRBARA.—*(Entrando de la calle.)* Señor cura...

PADRE LUCAS.—¿Qué pasa?

BÁRBARA.—El Garrones, el mozo e la posá, que ice que viene a traerle a usté un recao de su amo.

PADRE LUCAS.—¡Carape!... ¿Qué ocurrirá?

SIXTA.—¿Se habrá puesto peor el herido?

PADRE LUCAS.—¡Qué sé yo!... Dile que pase.

BÁRBARA.—Que entres, Garrones.

ESCENA III

DICHOS y el GARRONES.

GARRONES.—¡A la pa e Dios!

PADRE LUCAS.—¡Pasa, Garroncitos, pasa!... ¿Qué ocurre, hijo?

GARRONES.—Pues naa, que m'ha dicho mi amo... ¡Huy, que no m'alcuerdaba!... ¿Y cómo están ustés?

PADRE LUCAS.—Muy bien, hijo; gracias... Conque dinos...

GARRONES.—Pues yo güeno...

PADRE LUCAS.—Güeno, hombre, anda...

GARRONES.—¿Y la familia?

PADRE LUCAS.—La familia, para reventar de impaciencia. ¿No nos ves?... Conque cuenta. ¿A qué te manda tu amo?

GARRONES.—Pues es el caso que la cosa creo que es mu grave, porque m'ha dicho mi amo: «Garrones, trota pa en ca el señor cura y le ices que tengo mu mala espina con el huéspede que m'ha mandao aquí anoche.»

PADRE LUCAS.—¿Pues qué ha hecho?

GARRONES.—Que tenemos barruntos de que no está en sus cabales; que tie como una muenomanía de que quie matar al otro señor que ha mandao usté a la posá del señor Usebio, y que no calla con que l'ha e matar; y hace menos de naa que s'ha presentao allí un señor de luto que cojea, y en vez de calmalo, pues le icía que tenía que matalo, y que tenía que matalo hoy mismo. Y no sé qué han acordao, que el señor de luto s'ha ido por too el pueblo a buscar armamento de dos espás, u dos sables, u dos carabinas, u lo que sea, pa que se maten al mediodía a la orilla del río, delante de las presonas que quian presencialo.

PADRE LUCAS.—¡Madre mía! ¡Están concertando un duelo!

SIXTA.—*(Muy apurada.)* ¡Qué horror!... ¿Crees tú...?

PADRE LUCAS.—No lo dudes... ¡Y eso sí que no, Dios bendito! Ni mi conciencia, ni mi... ¡Ay, ay, ay, que esto me cuesta a mí una enfermedad! ¡Jesús de mi alma!

GARRONES.—A too esto, mi amo, alarmao, m'ha dicho: «Antes de iten en caa el señor cura, veten a la posá del señor Usebio, que es ande está el señor del traje ancho, a ver qué pasa por allí.» Y yo me ido de sigilo a escuchá por una ventana...

PADRE LUCAS.—¿Y qué?

GARRONES.—¡Que no quia usté saber!... ¡Que como el señó Eusebio es enemigo d'usté, porque ice que él es anticlerigal y comunista, con perdón, pues

le estaba iciendo: «Usté se lleva hoy esa señorita den caa el cura, u le pegamos fuego a la casa.

PADRE LUCAS.—¡Madre mía! *(Cae sentado en una silla.)*

SIXTA.—¡Virgen, qué espanto! ¡Incendiarnos la casa!

GARRONES.—Yo he mirao por una rendija, y estaban sentaos los dos en una mesa, bebiendo unas copas de licor... Y siento dale a usté la noticia, pero no sé qué les he oído del cura asao...

PADRE LUCAS.—*(Pegando un salto.)* ¡Porra!... Pero ¿qué dices?

SIXTA.—¡Lucas! Pero ¿serán capaces de asarte?

PADRE LUCAS.—¡Ay mi madre!... ¡Ay, no, no, no! ¡Todo lo que quieran, crudo; pero...! ¡Ay, no, no!... ¡Ay Garrones...!

SIXTA.—¡Ay Lucas! ¿Qué vas a hacer?

PADRE LUCAS.—¿Qué quieres que haga? Resolver esto más que a paso, que yo ya no espero a que vengan los padres de la chica... Yo voy a llamar a ese pollo don Javier, al que realmente, según la ley civil y la Iglesia, iba a ser su marido, y puesto que él tiene un automóvil, que se deje de desafíos y que se la lleve en seguida a su casa, y que los casen o los..., ¡vamos, a mí no me achicharran el domicilio!

SIXTA.—Sí; me parece lo más acertado.

PADRE LUCAS.—Bueno. Garrones, vuélvete a escape a la posada y dile a ese don Javier que venga sin perder minuto.

GARRONES.—En un vuelo. *(Vase de prisa por el foro.)*

SIXTA.—*(Asustada.)* ¡Ay, que la película se complica, Lucas!

PADRE LUCAS.—Ya te lo decía yo, Sixta. Es preciso que toda esa gente se marche en seguida, pero en seguida...

SIXTA.—Yo voy a arreglarles la ropa, por si acaso. *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA IV

PADRE LUCAS, ELENA y DOÑA LEONA. Entra ELENA con unas cacharras de leche; DOÑA LEONA, con un cesto de huevos.

ELENA.—*(Muy alegre.)* Buenos días, padre.

PADRE LUCAS.—*(Paseando, preocupado.)* Regularcitos nada más, hija; regularcitos.

ELENA.—¡Ay, pues a mí todas las emociones de ayer se me están olvidando, porque me encuentro tan divinamente vestida de aldeana!...

PADRE LUCAS.—Sí, claro; pero, vamos, un traje de camino tampoco crea usté que le sentaría mal...

LEONA.—*(Entrando.)* «¡Oh regalada vida la del que huye al mundanal ruido!...», que dijo un compañero de usté, señor cura... ¡Oh, qué vida tan grata! ¡Esto es absolutamente virgiliano, padre!

PADRE LUCAS.—Sí, algo virgiliano; pero, vamos, no crean ustedes tampoco que los alrededores de Madrid... son una porquería... Yo conozco las Ventas del Espíritu Santo, y...

ELENA.—No, no, por Dios. ¿Qué vale aquello, comparado con esto?... ¡Oh, sí, sí!... Yo ya he encontrado lo mío.

PADRE LUCAS.—¿Había usté perdido algo?

ELENA.—No; quiero decir que yo ya no me voy de aquí, padre.

PADRE LUCAS.—¡Pero hija!

LEONA.—Ni una servidora.

PADRE LUCAS.—¡Pero servidora!... ¡Digo, ay, que ya no sé lo que me digo!... Pero ¿cómo no se van ustedes de aquí?... Vamos, no digan locuras... Aquí se aburrirán terriblemente.

ELENA.—¡Quia! Yo estoy encantada; ahora mismo acabo de ordeñar cinco azumbres de leche, padre.

PADRE LUCAS.—Bueno; pero eso no es obstáculo para un viaje... Ya nos la beberemos nosotros. *(Elena contempla el paisaje desde la puerta.)*

LEONA.—¿Pues y yo?... ¡Oh, cómo me gusta a mí vivir la égloga! Mire usted, señor cura: mire usted qué docena y media de huevos he cogido en el gallinero.

PADRE LUCAS.—La postura de ayer.

LEONA.—¡Qué gordísimos! ¿Eh?

PADRE LUCAS.—Como los ponen nuestras gallinas.

LEONA.—¿Y ve usted qué hermosos? ¡Pues todos vacíos!

PADRE LUCAS.—¿Cómo? ¿Los han puesto vacíos?

LEONA.—No; la que los ha puesto vacíos he sido yo, que tengo la costumbre de hacerles un agujerito en la parte anterior y otro en la posterior, y me los sorbo.

PADRE LUCAS.—¡Caramba, qué habilidad!

LEONA.—Huevo puesto, huevo sorbido. Me he tomado docena y media. Me preparan muy bien el estómago para el desayuno.

PADRE LUCAS.—¡Sí, sí; es un vermut!

LEONA.—¡Yo desayuno de tenedor, padre!

LUCAS.—Ya se conoce, hija.

LEONA.—¡Y vengo encantada! ¡Tienen ustedes una ternera tan monísima!...

PADRE LUCAS.—Sí; pero peligrosa. ¡Da unos topetazos!...

LEONA.—No; a mí, no. Sería la primera vez que me hiciera daño ninguna ternera. Y también he visto que en la huerta tienen ustedes patatas.

PADRE LUCAS.—¡Ternera y patatas!... Se ha fijado usted en la coincidencia, ¿eh?

LEONA.—¡Oh, ya lo creo! A mí, en asuntos gastronómicos, no se me va una. Anoche di también con el jamón que tienen ustedes. ¡Qué riquísimo! Antes de acostarme encontré en la despensa un trozo así como de medio kilo, y me lo comí en cuatro bocadillos.

PADRE LUCAS.—¡Canario!

LEONA.—Pero me los tomé con manteca.

PADRE LUCAS.—¡Ah, vamos! Menos mal. ¡Me había alarmado!

LEONA.—Yo, como dice Elenita, también he encontrado lo mío.

PADRE LUCAS.—No, perdone usted; usted ha encontrado lo nuestro, que no es lo mismo.

LEONA.—¡Oh, qué señor cura tan humorista! ¿Ha venido el panadero? *(Hace mutis segunda derecha.)*

ELENA.—*(Entra de la puerta.)* ¡Oh, sí, sí!... Y a mí, la contemplación del paisaje me está transformando totalmente, señor cura... Claro, como llegamos de noche, no me había fijado. ¡Qué paisaje! Es de una belleza idílica. Estoy embelesada. Ahora veo cuán despreciable es la vida vanidosa y cortesana, señor cura; porque todo, todo, el traje, la casa, el ambiente, todo cuanto me rodea me está inspirando un sentimiento profundo de humildad y servidumbre.

PADRE LUCAS.—¡Por Dios, señorita; yo la suplico que se deje de églogas y geórgicas y que medite un poco en su equívoca y peligrosa situación!

ELENA.—¡Ah, no, padre! No quiero pensar en eso.

PADRE LUCAS.—No tiene más remedio, y para ello he mandado por don Javier, para que hablen ustedes de su asunto y resolvamos ahora mismo.

ELENA.—¡Ah, con él, nunca!... No, no quiero hablar con él... No quiero pensar en los errores de mi pobre vida... Déjeme usted divagar, fantasear, soñar...

PADRE LUCAS.—*(La detiene.)* Y mire usted... A propósito; allí viene don Javier.

ELENA.—Me voy; no quiero hablar con él. ¡Me da miedo!

PADRE LUCAS.—No tiene más remedio, hija mía. Este hombre la esperó al pie del altar. Tiene cierto derecho a una explicación.

ELENA.—Bueno; pues por lo menos no se vaya usted. *(Se oculta tras el cura.)*

ESCENA V

DICHOS y JAVIERITO, por el foro.

JAVIERITO.—Buenos días, señor cura.

PADRE LUCAS.—Muy buenos, don Javier.

JAVIERITO.—Vengo a ponerme a sus órdenes. Sé por el Garrones que desea usted hablarme .

PADRE LUCAS.—En efecto. Es preciso que tenga usted una conferencia; pero no conmigo, sino con esta señorita. *(Señala a Elena, a la que descubre.)*

JAVIERITO.—*(Al verla, indignándose.)* ¡Ah, ella! ¿Tú?...

ELENA.—*(Suplicante.)* ¡Javier!

JAVIERITO.—¿Yo, hablar con esa perjura?... ¡Jamás! ¡Nunca, señor cura!

PADRE LUCAS.—Es absolutamente necesario, hijo mío.

JAVIERITO.—¡Nunca! ¡Nunca! ¡No quiero verla!

ELENA.—¡Cálmate, Javier!

JAVIERITO.—¿Que me calme?... ¡Después de lo que has hecho conmigo!

ELENA.—¡Yo no he hecho nada!

JAVIERITO.—¿Que no has hecho nada?... ¡Y nos has tomado el pelo a mil ochocientas personas: obispos, diplomáticos, comunidades religiosas, invitados, «metres d'hotel», «controler de wagons-lits»... ¿Que no has hecho nada?... ¡Y me deja al pie del altar y teniendo tomadas hasta las camas del «sud-exprés», señor cura!

ELENA.—Pero ¡yo no tengo la culpa! ¡He sido una víctima del terror!

JAVIERITO.—¿Que no tienes culpa?... ¡Ah, miserable!

ELENA.—¡Mira, Javier: no me acongojes con recriminaciones, que estoy muy afectada y me va a subir la bola histérica!

JAVIERITO.—¡Y a mí qué me importa!... ¡Perjura, frívola, artera!

PADRE LUCAS.—¡Por Dios, no chille usted, que la va a subir la bola histérica!

JAVIERITO.—No haga usted caso, señor cura, que esa es una de tantas bolas con que nos engañan las mujeres.

ELENA.—¿Es decir, que no crees en mi angustia?...

JAVIERITO.—¡No, señora!...

ELENA.—¿Es decir, que me crees una perjura, ruin y despreciable?

JAVIERITO.—¡Sí, y cien veces sí!

PADRE LUCAS.—¡Por Dios, hijos míos! No regañen. He enviado por usted, don Javier, confiado en su buen juicio, porque considero que es hora ya de que tengan una explicación. Y si Dios les ilumina y se ponen de acuerdo, como espero, usted tiene un automóvil; la señorita, una señora de compañía; de aquí a Madrid hay doscientos cuarenta y cinco kilómetros; de modo que puede usted llevársela ahora mismo, sin detrimento de la moral, entregársela a sus padres...

JAVIERITO.—¿Y si Dios no nos ilumina?...

PADRE LUCAS.—¡Ah!, en ese caso... usted tiene un automóvil; la señorita, una señora de compañía; de aquí a Madrid hay doscientos cuarenta y cinco kilómetros, y si no les ilumina aquí, prueben a ver si les ilumina en otra parte. Conque aquí les dejo solitos, para que se pongan de acuerdo. Confío en la bondad de sus corazones. Que el Espíritu Santo les auxilie con su gracia... *(Aparte.)* y me los quite de encima por los siglos de los siglos. *(Alto.)* Amén. *(Vase primera izquierda.)*

ESCENA VI

ELENA y JAVIERITO.

ELENA.—*(Mimosa.)* Ya lo has oído, Javier. Nos deja solos para que nos pongamos de acuerdo. *(Insinuante.)* Tú dirás.

JAVIERITO.—*(Iracundo.)* ¿Y tú crees, Elena, que después de lo ocurrido puede ya existir alguna clase de acuerdo entre nosotros?

ELENA.—Si tú quisieras oírme...

JAVIERITO.—¿Para qué?... Si tu conducta fementida me ha puesto en un ridículo que sobrecoge.

ELENA.—Mi conducta tiene cierta justificación, Javier.

JAVIERITO.—¿Justificación?... No digas locuras, Elena. Y si no me querías, ¿por qué me hiciste confiar hasta el último momento? ¿Dime?

ELENA.—Mira, Javier: yo te juro por lo más sagrado que nunca pensé en no casarme contigo.

JAVIERITO.—¿Entonces?...

ELENA.—Es que ese loco me amenazó con matarse en la iglesia donde íbamos a contraer matrimonio. Yo debía impedirlo, compréndelo.

JAVIERITO.—Pero el hecho de huir con él prueba que olvidaste tus promesas de amor.

ELENA.—Ni una sola, Javier. *(Ruborizada.)* ¡Cómo iba a olvidar los besos que te anticipé la víspera!... *(Pausa.)* ¿Te acuerdas?

JAVIERITO.—¡Calla!... ¡Calla!...

ELENA.—Tres de refilón y uno de película... Todos en el pasillo... ¡Ah! Y el pellizco que me diste en el «hall», que nos vió la de Gurrea y dijo: «Ha sido de eminencia», presumiendo, por lo visto, un cardenal... ¡Pasé un sofoco!

JAVIERITO.—¡Huir tú con otro hombre, cuando ya teníamos hecho nuestro nido!... ¡Aquel nido delicioso, en cuyo comedorcito hicimos el presupuesto para nuestra futura vida!

ELENA.—¡Y que era un presupuesto más sol!... ¿Te acuerdas? Contábamos para vivir con setecientas pesetas de tu sueldo y ochocientas de papá; total, mil quinientas. Destinamos novecientas a gastos superfluos, como pagar la casa, luz, modista y esas tonterías que no paga casi nadie; nos sobraba un pico de seiscientas, para imprevistos, y tú me dijiste: «Oye: pero ¿qué vamos a comer?» Y yo te dije: «No me había acordado, es verdad; pero no te apures, te daré de comer con el pico.» Tú me

replicaste humorísticamente: «Pues anda ya, que el hambre me devora», y acercaste tu boca a la mía... Te llamé glotón y te di un pisotón, ¿te acuerdas? *(Le da, al decirlo, un pisotón que lo amarga.)*

JAVIERITO.—Sí; pero oye, los pisotones no me los recuerdes hasta que te quites los zuecos, ¡por lo que más quieras!

ELENA.—Y ¡ah, Javier! ¡Cuando todo nos sonreía, surgió ese demonio de Agustín!

JAVIERITO.—Y tu miedo condescendiente y fatal... Porque ahora, nuestra situación es terriblemente trágica.

ELENA.—¿Qué dices?

JAVIERITO.—Sí; es preciso que tú lo sepas todo: a las doce nos batimos Agustín y yo.

ELENA.—¡Ah, no!... ¡Un duelo por mi culpa!... No, no; no es posible, Javier.

JAVIERITO.—No hay remedio.

ELENA.—Pero ¿a que os batís?

JAVIERITO.—Eso no lo sé aún. Amador, su primo, anda corriendo todo el pueblo, buscando dos armas iguales; pistolas, sables, espadas, lo que sea..., y dos o tres testigos, que tampoco tenemos.

ELENA.—¡Oh, no, no! ¡Qué espanto! ¡Eso no es posible, Javier! Aún podemos ser felices... ¿Por qué no huimos?

JAVIERITO.—¡Por Dios, Elena!... ¡No me precipites a una nueva indignidad!... Y mira, espera...

ELENA.—¿Qué?...

JAVIERITO.—Amador, que llega. ¡Déjanos un instante!

ELENA.—No, no; yo no te dejo, Javier.

JAVIERITO.—Sí, sí; es preciso. ¡Déjanos! *(La lleva a la primera izquierda y vase Elena.)*

ESCENA VII

DICHOS y AMADOR, por el foro.

AMADOR.—*(Con un envoltorio grande.)* ¿Se puede?

JAVIERITO.—Pase usted, amigo Amador...

AMADOR.—Vengo muerto, renqueando... *(Hablando bajo.)* ¡Con la herida inflamada todavía!... ¡Esto no lo hago yo más que por un amigo!

JAVIERITO.—¿Y qué?

AMADOR.—Que es mi deseo de complacer a usted y que pueda matar a ese sinvergüenza con toda corrección, dentro, claro está, de las posibilidades de esta aldehuela; he recorrido el pueblo de punta a cabo.

JAVIERITO.—¿Y ha encontrado usted dos armas iguales?

AMADOR.—¡Imposible! En este pueblo no hay dos armas iguales ni para un remedio.

JAVIERITO.—Entonces, ¿qué trae usted ahí?

AMADOR.—Todo lo que encontré, después de una minuciosa requisa. Una escopeta de pistón *(Muestra todo lo que dice.)*, que parece mentira que la sigan llamando de pistón, porque está rota. Un retaco, fuego central, del tahonero, sin culata. Una bayoneta sin punta, de un tal Cascales, que sirvió en el Ejército; ya no sirve. Una pistola de uno que le llaman el «Ratón»; no tiene gatillo. Un sable sin empuñadura, de un municipal que no ejerce. Y una espada de un novillero que ya no mata.

JAVIERITO.—*(Desesperado.)* Nada, nada; todo esto no sirve para nada. ¡No voy a poderme batir con ese miserable, Dios mío!

AMADOR.—Calma, calma... Mire usted, mi querido don Javier: con un poco de buena voluntad y un criterio de cierta amplitud, aquí, en realidad, hay dos armas iguales.

JAVIERITO.—¿Cuáles?

AMADOR.—La pistola y la bayoneta. *(Se las enseña.)*

JAVIERITO.—¿Y a eso le llama usted iguales?

AMADOR.—Hombre, digo que son iguales porque ninguna de las dos sirve para nada. La ofensiva, por tanto, se reduce a la contundencia, y dos hombres que se tengan gana, cada uno con una cosa de estas en la mano, dándose golpes en la cabeza, no crea usted que resultaría la ondulación Marcel, ni mucho menos. ¿Por qué no se anima usted?

JAVIERITO.—Pero ¡por Dios! ¡Dos caballeros haciéndose chichones!...

AMADOR.—¡Hombre, eso depende del ahinco!

JAVIERITO.—¡Qué contrariedad!... ¿Tendrá ese hombre la suerte de que yo no encuentre dos espadas?...

AMADOR.—¿Quiere usted que le escriba a Cagancho?

JAVIERITO.—¡No da tiempo! Vamos a buscar aquí, aquí mismo, en el pueblo, sea como sea.

AMADOR.—Bueno, querido don Javier; pero si no encontramos nada y el duelo no puede celebrarse, sólo le pido a usted un favor.

JAVIERITO.—Diga usted.

AMADOR.—Que en el banquete que sigue a toda cuestión personal que se resuelve amistosamente, que convide usted a su adversario a setas..., que yo me arreglaré con el cocinero.

JAVIERITO.—¡Hecho!...

AMADOR.—Si no heredo, es que no se premia el ingenio en este mundo. *(Vanse por el foro.)*

ESCENA VIII

ELENA; luego, CIRILO, que viene de la iglesia.

ELENA.—*(Por la primera izquierda.)* ¡Dios mío, se han ido!... Quiera Dios que no encuentren arma ninguna, porque si no, esos dos locos se matan. ¡Se

matan por mí!... ¡Y la responsabilidad y el dolor! ¡Ah, esto es espantoso! Y si no se matan, también es espantoso, porque Agustín ya no me gusta; desde que le he visto con el traje del señor cura, me parece que todo le sobra... Y Javier..., ¡Javier ya no me quiere!... Y sola, despreciada de todos, ¿qué hace una mujer en el mundo? *(Llora sin consuelo en un rincón.)* ¿Qué hace?

CIRILO.—*(Entra de la calle y no la ve.)* Fastidiarse y nada más. Es lo que le toca a uno siempre. Anoche me mandó el señor cura a Orcajo, con la yegua, a poner un telefonema. ¡Pasé un miedo!... Pos esta mañana, de güelta, he tenido que traer a don Lesmes, el organista, que viene a afinar el armonium de la iglesia... ¡Pos él, amontao, y yo, nueve kilómetros a pie! *(Se fija en Elena.)* ¡Arrea, no la había visto! La señorita forastera, que está llorando!... Mi madre, qué señorita más guapa! *(La escucha.)* ¡Y qué manera tan elegante tie de llorar!... Ji, ji, ji... *(La imita.)* Llora con una finura. ¡Esto es llorar, y no lo de mi tía Ufrasia! ¡Da gusto oírla!... ¿Qué tendrá?... *(Alto.)* Güenos días, señorita.

ELENA.—Hola, Cirilo.

CIRILO.—Qué, ¿se sozolla?... Digo, ¿se solloza?

ELENA.—Perdona si te molesto con mi llanto.

CIRILO.—¡Quite usté d'haí! ¡Ojalá tenga usté un disgusto caa día, naa más que po el gusto de vela a usté limpiase las lágrimas con esa finura y gimotear con esa elegancia!

ELENA.—¡Es que es muy triste lo que pasa, Cirilo!

CIRILO.—Ya m'han dicho no sé qué, de que tenía usté un novio y se le presentó otro novio.

ELENA.—Sí. El mismo día de la boda el hado fatal truncó mi dicha.

CIRILO.—¿Helado el día de la boda?... ¡Amos, hay caa novio!...

ELENA.—Y sola y despreciada de todos, ¿adónde voy?

CIRILO.—Y digo yo una cosa: ¿si no tiene usté donde ir, por qué no se queda usté aquí?

ELENA.—Pero ¿aquí...?

CIRILO.—Güeno; no digo aquí precisamente; pero se pue usté meter en un convento de madres Mercedarias descalzas que hay a media legua.

ELENA.—¡Un convento! ¿Y se está bien allí?

CIRILO.—¡Como en la gloria! Yo tengo allí una tía, que se llamaba María de los Dolores; pero al entrar la pusieron María de la Consolación. La quitaron los Dolores. ¡Y s'ha puesto más gruesa!

ELENA.—*(Ya interesada.)* ¿Y qué hábito llevan?

CIRILO.—Un hábito precioso, blanco y negro. Usté paecería una santita con él.

ELENA.—¿Sí?

CIRILO.—¡Y si viese usté a las madres, que las hay muy guapas, pasear, rezando, por aquel huerto que tienen...

ELENA.—¡Será precioso!

CIRILO.—Too lleno de rosales y pasionarias. ¡Con un cipresal que los días de mayo echa un olor más riquísimo!

ELENA.—¡Oh Cirilo, qué sugestiva pintura!

CIRILO.—Y hay que ver al mediodía cómo bajan de los aleros de la torre a beber en la alberca unas palomas blancas como la nieve.

ELENA.—¡Palomas blancas!

CIRILO.—Y luego, por la tarde, el esquilón del convento toca el Angelus y las madres van al coro, y hay que oírlas cantar cuando suena el órgano. ¡Talmente paecen ángeles! *(En este momento suena en la iglesia muy suavemente el armonio, que toca un canto religioso.)*

ELENA.—*(Cayendo en éxtasis.)* ¡Oh, sí, sí!... Calla, calla... ¿Oyes esa música celestial?

CIRILO.—Oiga usté, señorita, que eso no es música celestial, que es don Lesmes que está afinando el «armonium».

ELENA.—¡No, no! *(Se arrodilla.)* El camino del Cielo se abre para mí; tienes razón: me iré al convento... *(Sigue la música y Elena rompe a cantar.)*

CIRILO.—¡Ay, mi madre, que canta que pone los ojos en blanco!... ¡Ay, que esta señorita me s'ha extraviao! *(La llama.)* ¡Señorita!...

ESCENA IX

DICHOS y DON AGUSTÍN, por el foro.

AGUSTÍN.—*(Que entra. Sacudiéndola el hombro.)* ¡Elena!... Pero ¿qué hace?...

CIRILO.—Pos desafinar; ya lo oye usté.

AGUSTÍN.—Elena, óyeme, que vengo porque los instantes son gravísimos. Acaban de llegar tus padres.

ELENA.—Me es igual. Mi reino no es de este mundo.

AGUSTÍN.—*(A Cirilo.)* Pero ¿qué le ha pasado a esta señorita para caer en esta idiotez?

CIRILO.—Si no sé; yo le estaba hablando de una tía mía, y de repente cae de rodillas y me dice: «S'abierto el camino del Cielo: Dios me llama...», y rompe a cantar. Yo, al ver cómo desafinaba, voy y la digo: «Que Dios no la llame a usté por ese camino»; pero no m'ha hecho caso, y ahí la tie usté.

AGUSTÍN.—¡Por Dios, Elena, atiéndame! Debemos huir antes que nos sorprendan.

ELENA.—Nada me importa ya. Sólo Dios es mi guía.

AGUSTÍN.—*(A Cirilo.)* Pero ¿qué le has dado?

CIRILO.—*(Apurado.)* Yo no la he dao naa; yo soy inocente, señorito... Que me registren y verán.

ESCENA X

DICHOS y el PADRE LUCAS, por la primera izquierda.

PADRE LUCAS.—Señorita, señorita; sus papás acaban de llegar al pueblo. Es preciso parar el primer golpe.

ELENA.—Mi reino no es de este mundo.

PADRE LUCAS.—*(Asombrado.)* ¿Qué dice?

CIRILO.—No sabemos.

PADRE LUCAS.—*(A Don Agustín.)* ¿Y tú aquí también?

AGUSTÍN.—Aquí también, señor cura. Este es un momento decisivo de mi vida. Ya sabe usted cómo adoro a Elena, y o me la llevo, o muero aquí.

VOZ DE SIXTA.—*(Fuera.)* ¡Lucas, Lucas!...

PADRE LUCAS.—¡Ellos!... *(Aterrado.)* Por la Santa Virgen, ocúltese aquí. *(Casi a la fuerza oculta a Elena por la primera izquierda.)* Y tú *(A Don Agustín.)*, métete en ese cuarto. *(Lo oculta violentamente por la primera derecha.)*

AGUSTÍN.—*(Saliendo de nuevo.)* Según lo que oiga procederé: si me la niegan y oye usted un tiro, suplico un Padrenuestro.

PADRE LUCAS.—*(Furioso.)* ¿Un Padrenuestro? Bueno; no te doy así, y te acogoto así, y te machaco así... *(Enfurecido da puñetazos al aire.)*, porque... *(Mirando al cielo.)* ¡Perdona mi ira, Dios mío, pero se me acaba la paciencia y voy a decirles a todos... *(Exaltándose más cada vez.)* cuántas son cinco!... Y van a conocerme; vaya si van a conocerme. *(Pasea agitado.)*

ESCENA XI

DICHOS, DON LISARDO, DOÑA PALOMA, SIXTA y JAVIERITO, de la calle.

SIXTA.—¡Lucas! ¡Lucas!...

PADRE LUCAS.—¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

SIXTA.—Mira: aquí; estos señores, los papás de esta señorita...

LISARDO.—Señor cura, hemos venido devorando kilómetros.

PADRE LUCAS.—Que les aprovechen. ¡Bien venidos!

PALOMA.—¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija?

PADRE LUCAS.—Buenos días, ante todo.

LISARDO.—Señor cura, perdone usted, pero la indignación no me deja articular una sola palabra.

PADRE LUCAS.—Pues cálmese y articule, señor mío; si no, no vamos a entendernos...

PALOMA.—¡Ay padre!, ¿dónde está mi hija?... Para que usted comprendiese mi estado yo quisiera que usted fuese madre, padre.

PADRE LUCAS.—No disparate, señora. Usted no está para hablar. Sentarla, darla agua y que se calle. *(A Don Lisardo.)* Y respecto a usted, diga lo que desea, caballero.

LISARDO.—¡Qué voy a desear, señor cura, sino vengar los ultrajes inferidos a mi honor por un miserable!

PADRE LUCAS.—¡Esta no es casa de venganza!

LISARDO.—¿Cree usted que elige sitio para saciar su furor un padre ultrajado?

PADRE LUCAS.—El ultraje que nos infieren los demás muchas veces, señor mío, es un castigo del Cielo... ¿Y usted sabe, antes de pensar en vengarle, si ha merecido ese castigo?

LISARDO.—¿Qué quiere usted decir, señor cura?

PADRE LUCAS.—Pues quiero decir que yo vivía santamente en una paz cristiana y amable y que de repente he visto mi hogar asaltado por una turba de energúmenos enfurecidos, pero enfurecidos por sus propios pecados y que ya que los tengo a todos aquí no quiero soltarlos sin decirles antes cuatro verdades.

LISARDO.—Señor cura...

PADRE LUCAS.—Nada, ni una palabra más. *(Vase por la primera izquierda y abre.)* ¡Aquí está su hija!

PALOMA.—¡Hija mía!

PADRE LUCAS.—Usted se sienta y calla.

LISARDO.—¡Elena!

ELENA.—¡Papá!

LISARDO.—¿No te abochorna mi presencia? ¿No te avergüenzas del borrón que has echado sobre mi honor? ¡Huir con un hombre casi del pie mismo del altar! ¿Es ésa la educación que te he dado?

PADRE LUCAS.—Esa es la educación que usted le ha dado, sí, señor.

LISARDO.—¿Qué dice usted?

PADRE LUCAS.—Que ésa precisamente es la educación que usted le ha dado, señor mío... ¿O cree usted que a una niña cuyo corazón ha querido usted acomodar a la conveniencia de sus negocios, dándole hoy un cariño y quitándoselo mañana, tiene usted, honradamente, derecho a pedirle firmeza en sus afectos y buen juicio en sus determinaciones?

AGUSTÍN.—*(Se asoma.)* ¡Muy bien! *(Se oculta.)*

LISARDO.—*(Al verle.)* ¡Ah miserable!

PADRE LUCAS.—*(Le detiene con un ademán.)* ¡Quieto! ¡No, señor mío, no tiene usted derecho! Educando así a los hijos, no se tiene derecho más que a sufrir sus locuras y a resignarse con sus veleidades.

LISARDO.—Pero mi hija es mi hija.

PADRE LUCAS.—Pero su corazón es suyo.

LISARDO.—Y yo debo guiarla.

PADRE LUCAS.—Pero por el camino de su bien, no por el de la conveniencia de usted.

AGUSTÍN.—*(Como antes.)* ¡Bravo! *(Se oculta.)*

LISARDO.—¡Ah miserable!

PADRE LUCAS.—¡Quieto! De modo que, a mi juicio, lo único que pueden ustedes hacer con esta señorita es encomendar a quien sepa que la eduque la voluntad, y cuando sea una mujer, ¡una mujer!, no una veleta, que venga y escoja entre ese pollo... bien o aquel suicida frustrado.

TODOS.—Pero ¡nosotros...! ¡Yo...!

PADRE LUCAS.—Nada más.

TODOS.—Es que considere...

PADRE LUCAS.—Que nada más he dicho...

LEONA.—*(Saliendo por la segunda derecha con una ristra de chorizos.)* Señor cura, estos chorizos, ¿están curados?

PADRE LUCAS.—¡No, señora; están en la convalecencia! Y no vuelva usted a meterse en la despensa, porque vamos a poner cepos. *(A Don Lisardo.)* De modo que ustedes a su automóvil... *(Se van.)* Usted, al que lo trajo. *(A Javier.)* Tú *(A Don Agus-*

tín.), al tuyo... *(Vanse todos.)* Y nosotros, donde estábamos... Cirilo, llama a la misa... *(Cirilo toca la campana.)*

LEONA.—*(Entrando.)* ¿Quiere usted que le prepare el altar?

PADRE LUCAS.—*(Vivamente.)* No, que me bebería usted el vino. *(Telón.)*

FIN DE
«ME CASÓ MI MADRE,
O
LAS VELEIDADES DE ELENA»